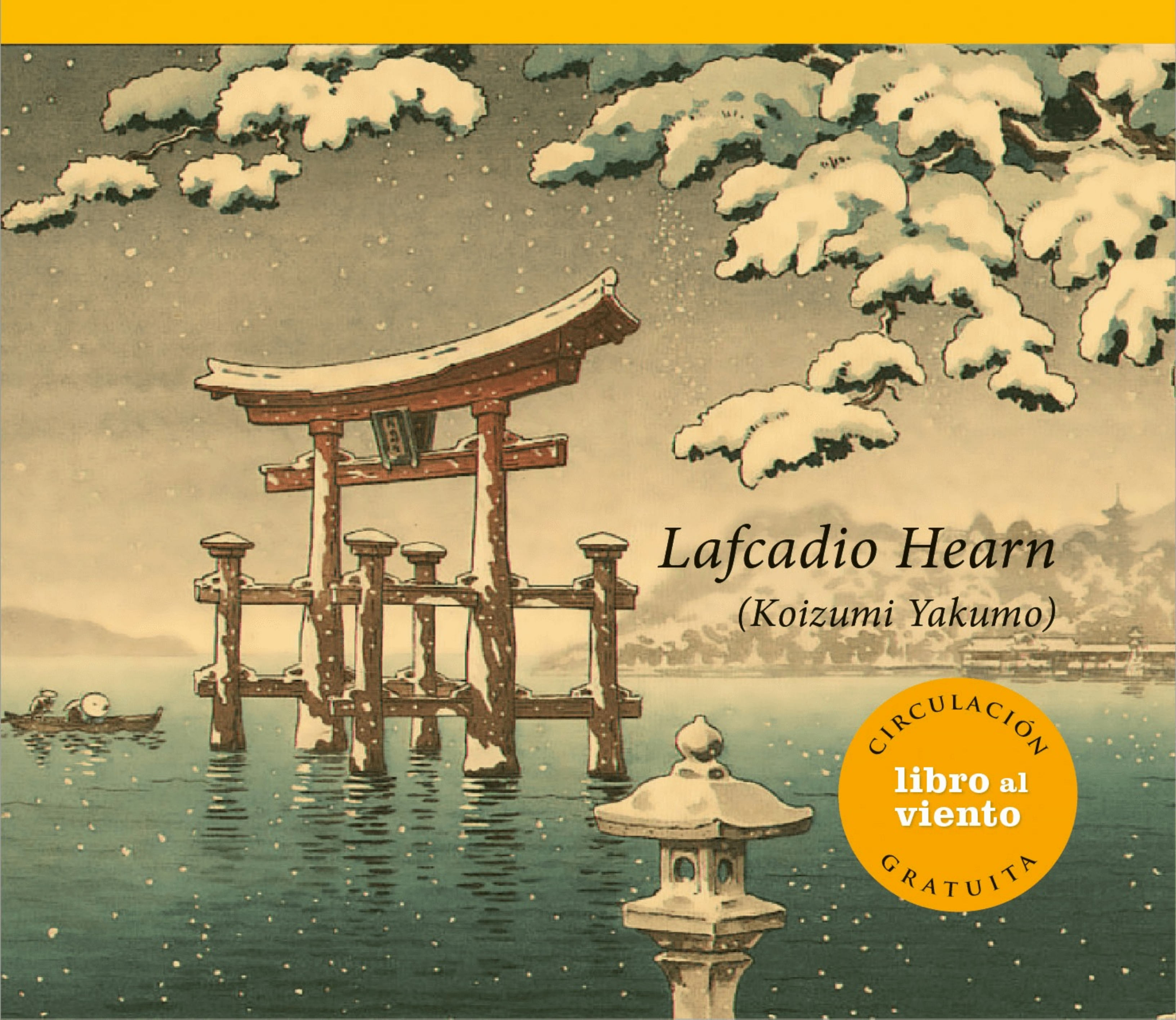
Algunos espectros orientales



Lafcadio Hearn

(Koizumi Yakumo)

Circulación gratuita

libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO
A LA LECTURA CREADA POR
LA SECRETARÍA DE CULTURA,
RECREACIÓN Y DEPORTE Y LA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN E
IMPULSADA POR EL INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES-IDARTES



LAFCADIO HEARN

(Koizumi Yakumo)

Algunos espectros orientales

Selección, traducción e introducción de Julio Paredes

Alcaldía Mayor de Bogotá
Clara López Obregón, Alcaldesa (D)

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Catalina Ramírez Vallejo, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Paola Caballero Daza, Gerente del Área de Literatura
Valentín Ortiz Díaz, Asesor
Adriana Carreño Castillo, Coordinadora de Programas de Lectura
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo

Secretaría de Educación del Distrito
Ricardo Sánchez Ángel, Secretario de Educación
Jaime Naranjo Rodríguez, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
William René Sánchez Murillo, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2011

www.institutodelasartes.gov.co

Isbn 978-958-99935-8-3

Asesor editorial: Julio Paredes Castro
Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido



Lafcadio Hearn

Introducción

Lafcadio Hearn (1850-1904) llegó al puerto de Yokohama, Japón, el 4 de abril de 1890 en el buque *Abysinnia*, que había zarpado el 17 de marzo desde Vancouver, capital de la Columbia Británica en Canadá. Enviado como corresponsal del *Harper's Magazine* de Nueva York, viajaba con la tarea de redactar varios artículos con observaciones de un país que apenas tres décadas atrás desmontaba el prolongado sistema feudal militar del *shogunato*, adoptaba una nueva constitución y abría las fronteras al mundo de Occidente. Aunque no sería fiel al propósito firme de apuntar de inmediato las impresiones iniciales que le dejaba ese nuevo mundo antes de que se desvanecieran en la memoria –como le aconsejó un amigo profesor inglés– Hearn sí pudo consignar una idea fundamental en sus notas redactadas a posteriori, bajo el título *Mi primer día en Oriente*: "El primer hechizo de Japón es tan intangible y volátil como un perfume".

Para Hearn, se tratará del hechizo y la misma ensoñación que ejercen los territorios poblados por las hadas y los espectros primordiales que ya no vuelven a soltar a quien encantan. Sin embargo, la fascinación sería, sobre todo, la de un mundo que había leído e imaginado desde sus lecturas de infancia y juventud en los relatos tradicionales del llamado Lejano Oriente, con sus divinidades extrañas, anterior en siglos a ese Japón "moderno" y en rápida expansión, con el que mantendría una relación de amor y odio que dejó sin resolver, pues nunca dejó de ser del todo un extranjero, un *gaijin*.

Aún así, y después de un penoso y agotador nomadismo, propio de un espectro que desde niño no encontraba la calma ni el hogar, Lafcadio Hearn se estableció definitivamente en Japón durante los siguientes catorce años, hasta el día de su muerte. Vivió en las ciudades de Matsue, Kumamoto, Kobe, Kioto, capital del nuevo imperio, y descansaba en el pequeño puerto de pescadores de Yaizu, donde murió un 19 de septiembre, víctima de un ataque al corazón. En esta última parte de su vida, se convirtió en profesor de inglés y literatura, contrajo matrimonio con la hija de uno de los últimos

samurais del periodo Meiji, tuvo cuatro hijos, halló una nueva forma de tranquilidad espiritual en la tradición busdista, se nacionalizó japonés y, en consecuencia, se cambió el nombre por el de Koizumi Yakumo, adoptando el apellido de su esposa Koizumi Setsu y un primer nombre que significaba algo así como “ocho nubes formándose”.

Y fue en Japón donde Lafcadio Hearn redactó la mayor y más importante parte de su obra ensayística y literaria, doce títulos alimentados en su totalidad por la cultura y el folclor japoneses: *Atisbos de un Japón desconocido*, 1894; *Out of the East: Reveries and Studies in New Japan*, 1895; *Kokoro: ecos y nociones de la vida interior japonesa*, 1896; *Gleanings in Buddha-Fields: Studies of Hand and Soul in the Far East*, 1897; *Exotics and Retrospectives*, 1898; *Cuentos de hadas japoneses*, 1898; *En el Japón espectral*, 1899; *Shadowings*, 1900; *Lírica japonesa* (haikús), 1900; *Una miscelánea japonesa*, 1901; *Kottō: Being Japanese Curios, with Sundry Cobwebs*, 1902; *Kwaidan*,1903; y las obras póstumas, *Japón: un intento de interpretación*, 1904; *El romance de la Vía Láctea*, 1905.

Nacido en la isla griega de Leucadia (origen de uno de sus varios nombres de pila), Lafcadio Hearn fue el segundo hijo del malogrado matrimonio entre Rosa Cassimati, de origen griego, y Charles Hearn, cirujano militar de origen irlandés. A los dos años viajó con su madre a Dublín, a la casa de su abuela paterna, pero por conflictos entre las dos mujeres y un amor ya perdido, su madre regresó sola a Grecia y nunca más volvieron a encontrarse. Su padre anuló el matrimonio, se casó de nuevo y dejó a Lafcadio al cuidado de su tía Sarah Brenane. Así, con apenas seis años de edad, después de pasar parte de la infancia en internados en Francia e Inglaterra, Hearn iniciaba lo que sería un largo recorrido hacia una vida solitaria de pobreza y abandono crecientes. A los nueve años perdió el ojo izquierdo en un accidente colegial y pronto conoció la miseria y el terror de los fantasmas en una casa en Londres. Antes de cumplir los diecinueve años fue enviado a Cincinnati, Ohio, Estados Unidos, en una especie de viaje de iniciación a ciegas. Sin embargo, y sobreponiéndose a todo tipo de dificultades y privaciones, Hearn empezaría a consolidar su profesión de escritor y periodista en varios medios impresos.

Expulsado de su trabajo como redactor en Cicinnati a consecuencia de un matrimonio ilegal con una mujer de origen creole, Hearn viajó a Nueva Orleans donde fue contratado para el periódico *Times-Democrat*. Interesado

en el folclor, la lengua y las costumbres de ese mundo en el Sur y la cultura creole, permanecerá diez años en Nueva Orleans, redactando crónicas para reconocidos periódicos de escala nacional como *Harper's Weekly* y *Scribner's Magazine*, que le darán cierto reconocimiento entre el público y el mundo literario. Allí publicará también varias de sus primeras obras importantes como *Stray Leaves from Strange Literature*, 1884; *Le Cuisine Créole*, 1885; *A lgunos fantasmas chinos*, 1887, y su primera novela, *Chita: A Memory of Lost Island*, 1889, entre otros, y dedicará parte de su tiempo creativo en continuar con otra de sus pasiones: la traducción de relatos y textos de sus queridos escritores franceses, como Gustave Flaubert, Pierre Loti, Theophile Gautier, Guy de Maupassant y Emile Zola. Después de un intervalo de dos años recorriendo las Antillas, Hearn se instala en Nueva York, ciudad que no dejará de parecerle un lugar donde "nadie puede encontrar a nadie, nada parece estar en ningún lado…", pero es ahí donde también sir William van Horne, presidente de la Canadian Pacific Railway, le ofrecerá el pasaje a Japón.

Los restos de Lafcadio Hearn fueron enterrados en el cementerio de Zoshigaya, en el sector norte de Tokio. Al lado de su nombre Koizumi Yakumo aparece la inscripción de su *kaimyõ*, nombre budista que se ofrece al espíritu del muerto: Hombre piadoso semejante al brote puro de las flores como ocho nubes nacientes, quien habita en la mansión de la iluminación verdadera".

La presente selección de trece historias, que hemos titulado *Algunos espectros orientales* para el número ochenta y uno de *Libro al viento*, proviene de libros representativos de Lafcadio Hearn o Koizumi Yakumo, como son *Algunos fantasmas chinos*, 1887; *En el Japón espectral*, 1899; *Una miscelánea japonesa*, 1901; *Kwaidan*, 1904 y *El romance de la Vía Láctea*, 1905. Sin duda el lector, cuando se sumerga en las siguientes páginas, reconocerá de nuevo que pasar un rato entre fantasmas es una de las más extraordinarias sorpresas que deja la lectura de relatos de ficción.

JULIO PAREDES

** **

NOTA DEL EDITOR

Las ilustraciones que acompañan este libro proceden de las primeras ediciones de Lafcadio Hearn: *Japan, ein Deutungsversuc*h, 1912; *Japanbuch*, 1911; *Kokoro*, 1905, editadas por Rütten & Loening en Fránkfort del Meno.

Algunos espectros orientales




EL
SECRETO
DE LA
MUERTA

HACE MUCHO TIEMPO, en la provincia de Tamba, vivía un rico comerciante llamado Inamuraya Gensuké. Tenía una hija llamada O-Sono. Como era muy inteligente y hermosa, el comerciante pensó que sería una verdadera lástima dejar que su hija se criara sólo con la educación que le podían brindar los maestros rurales; así que la envió a Kyoto, al cuidado de unos servidores fieles, para que allí adquiriera las elegantes habilidades enseñadas a las damas de la capital. Después de terminar su educación, la muchacha se casó con un amigo de la familia de su padre –un comerciante llamado Nagaraya– y vivió feliz con él durante casi cuatro años. Tuvieron un único hijo, un varón. Pero O-Sono cayó enferma y murió en el cuarto año de matrimonio.

En la noche siguiente al funeral de O-Sono, el pequeño hijo dijo que su mamá había regresado y que estaba en el cuarto de arriba. Ella le había sonreído, pero no quiso hablarle: así que el niño se había asustado y había salido corriendo. Entonces algunos miembros de la familia subieron al cuarto que había pertenecido a O-Sono, y se sorprendieron al ver, a la luz de una pequeña lámpara que había sido encendida ante un altar en el cuarto, el cuerpo de la madre muerta. Parecía estar de pie de frente a un *tansu*, o una cómoda, que aún contenía sus joyas y vestidos. La cabeza y los hombros podían verse de manera nítida, pero de la cintura para abajo la imagen se disolvía en la invisibilidad; parecía un imperfecto reflejo suyo y transparente como una sombra en el agua.

Entonces los parientes se asustaron y abandonaron la habitación. Abajo consultaron entre todos; y la madre del esposo de O-Sono dijo:

–Toda mujer siente cariño por sus pequeñas cosas, y O-Sono estaba muy apegada a sus pertenencias. Quizás haya vuelto para contemplarlas. Muchos muertos suelen hacerlo... a menos que las cosas se donen al templo de la zona. Si ofrecemos al templo las ropas y los adornos de O-Sono, su espíritu probablemente encontrará el descanso.

Estuvieron de acuerdo en hacerlo tan pronto como fuera posible. Así que a la mañana siguiente vaciaron los cajones y toda la ropa y los adornos de

O-Sono fueron llevados al templo. Sin embargo. O-Sono regresó a la noche siguiente y contempló el *tansu* como antes.Y también volvió la siguiente noche, y la siguiente a esta y así durante todas las noches, y la casa se transformó en una morada del miedo.

Entonces la madre del esposo de O-Sono se dirigió al templo y le reveló al sumo sacerdote lo que había sucedido, y le pidió consejo sobre los fantasmas. El templo era un templo Zen, y el sumo sacerdote era un anciano docto, conocido como Daigen Oshõ. El hombre le dijo:

–Debe haber algo dentro o cerca del *tansu* que le causa ansiedad.

–Pero desocupamos todos los cajones –replicó la anciana–; no hay nada en el *tansu*.

–Bien –dijo Daigen Oshõ–, iré esta noche a su casa y montaré guardia en el cuarto, para ver qué se puede hacer. Deberá dar la orden de que ninguna persona entre a la habitación mientras vigilo, a menos que yo los llame.

Después del amanecer, Daigen Oshõ fue a la casa y comprobó que el cuarto estaba listo para él. Permaneció allí a solas, leyendo los sutras; y nada apareció hasta después de la Hora de la Rata[1]. Entonces la figura de O-Sono se delineó súbitamente ante el *tansu*. Su rostro mostraba un gesto de ansiedad, y permaneció con los ojos fijos en el *tansu*.

El sacerdote pronunció la fórmula sagrada prescrita para tales casos, y entonces, dirigiéndose a la figura por medio del *kaimyõ*[2] de O-Sono, dijo:

–He venido aquí con el propósito de ayudarte. Tal vez haya algo en ese *tansu* que te dé una razón para estar ansiosa. ¿Quieres que intente buscarlo por ti?

La sombra pareció asentir con un leve movimiento de cabeza; el sacerdote, incorporándose, abrió el cajón superior. Estaba vacío. Abrió sucesivamente el segundo, el tercero y el cuarto cajón; buscó con cuidado por detrás y encima de cada uno; examinó con cuidado el interior de la cómoda. No halló nada. Pero la imagen continuaba observando con la misma ansiedad de antes. “¿Qué querrá?”, pensó el sacerdote. De pronto se le ocurrió que podría haber algo oculto debajo del papel que recubría los cajones. Levantó el forro del primer cajón: ¡nada! Quitó el papel del

segundo y tercer cajón: nada aún. Pero debajo del recubrimiento del cajón inferior halló algo: una carta.

–¿Es esto lo que te ha tenido tan inquieta? –preguntó.

La sombra de la mujer se volvió hacia él, con la débil mirada fija en la cara.

–¿Quieres que la queme por ti? –preguntó Daigen Oshõ.

Ella se inclinó ante él.

–La quemaré esta misma mañana en el templo –prometió el sacerdote–, y nadie la leerá, excepto yo.

La figura sonrió y desapareció.

Amanecía cuando el sacerdote bajó las escaleras, encontrando a la familia que aguardaba expectante.

–Cálmense –les dijo–, ella no volverá a aparecer. Y, en efecto, jamás lo hizo.

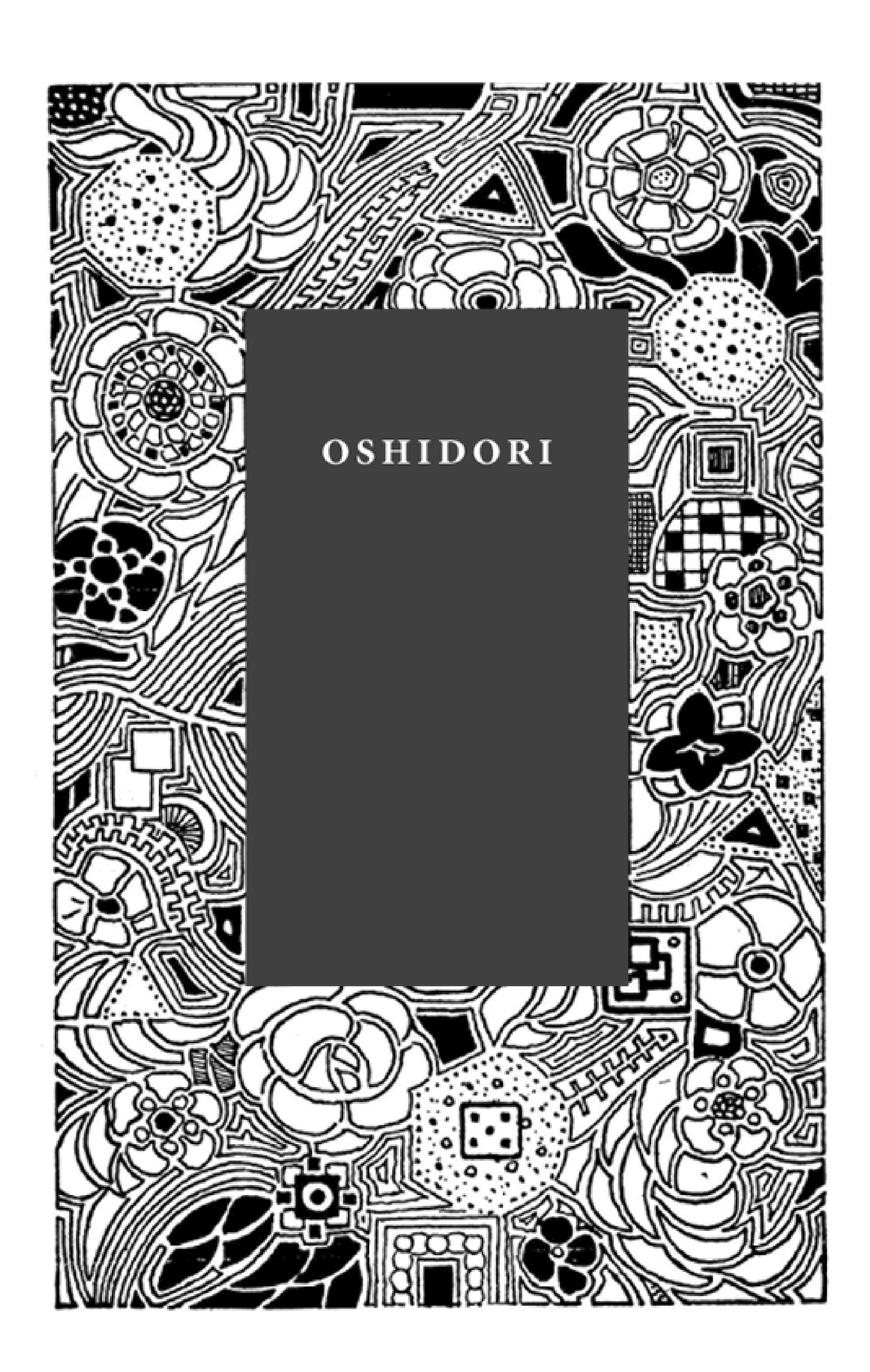
La carta fue quemada. Se trataba de una carta de amor redactada por O-Sono en la época de sus estudios en Kyoto. Pero el sacerdote fue el único que se enteró de su contenido, y el secreto murió con él.

Kwaidan, 1904

** **

[1] La Hora de la Rata (*Né-no-Kok*u) era, según el antiguo método de medición del tiempo en Japón, la hora primera. Correspondía, para nuestra medida, el tiempo que va de la medianoche a las dos de la mañana; para los japoneses de la antiguedad cada era equivalía a dos horas modernas. (N. del A.)

[2] *Kaimyõ*: nombre póstumo budista, o nombre religioso, aplicado a los muertos. Estrictamente hablando, la palabra significa “nombre de sila”. Véase mi artículo “The literature of the Dead” en *Exotics and retrospectives*. (N. del A.)


OSHIDORI

HABÍA UN HALCONERO y cazador llamado Sonjo, que vivía en el distrito de Tamura-no-Go, en la provincia de Mutsu. Un día salió de caza, pero no pudo encontrar ninguna presa. Pero en el camino de regreso a la casa, en un lugar llamado Akanuma, vio un par de *oshidori*[1] (patos de los mandarines) que nadaban juntos en un río que estaba a punto de cruzar. No es bueno matar *oshidori*, pero resultaba que Sonjõ estaba muerto de hambre, y les disparó. La flecha atravesó al macho; la hembra escapó por entre los juncos de la orilla opuesta y desapareció. Sonjõ agarró el ave muerta, la llevó a la casa y la cocinó.

Esa noche tuvo un sueño perturbador. Le pareció ver que una hermosa mujer entraba a su cuarto, se quedaba junto a su almohada y empezaba a llorar. La mujer lloraba de una manera tan amarga que Sonjõ sintió como si le desgarraran el corazón mientras la escuchaba. Y la mujer le gritó:

–¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué lo mataste? ¿De qué pecado era culpable...? ¡Éramos tan felices los dos en Akanuma... y tú lo mataste! ¿Qué daño te causó? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Oh! ¿Sabes lo perverso y cruel que has hecho...? También me has matado a mí, ¡pues no podré vivir sin mi esposo!... Sólo vine para decirte esto.

Y una vez más se echó a llorar en voz alta, con tal amargura que el sonido de su llanto penetró en los mismos tuétanos del cazador; y luego pronunció entre sollozos los versos de este poema:

Hi kukuréba
Sasoëshi mono wo...
Akanuma no
Makomo no kuré no
Hitori-né zo uki !

[¡Al llegar el crepúsculo lo invité a regresar junto a mí! /Ahora, dormir sola a la sombra de los juncos de Akanuma... /¡Oh!, ¡qué indescriptible desdicha![2]]

Y luego de proferir estos versos exclamó:

–Ah, no te das cuenta... ¡no puedes darte cuenta de lo que has hecho! Pero mañana, cuando vayas a Akanuma, ya verás... ya verás...

Y con estas palabras, estremecida por el llanto, se alejó.

Al despertar por la mañana, Sonjõ recordaba el sueño con tal claridad que sintió una profunda consternación. Recordó las pala-bras:"Pero mañana, cuando vayas a Akanuma, ya verás... ya verás...". Y resolvió ir allí en el acto, para averiguar si su sueño esa algo más que un sueño.

Se dirigió entonces a Akanuma; al llegar junto a la margen del río, vio a la *oshidori* hembra, que nadaba solitaria. En el mismo instante, el ave advirtió la presencia de Sonjõ: pero, en lugar de escapar, nadó directo hacia él, clavándole una mirada extraña y profunda. Entonces, de repente, se desgarró el cuerpo entero con el pico y murió ante los ojos del cazador.

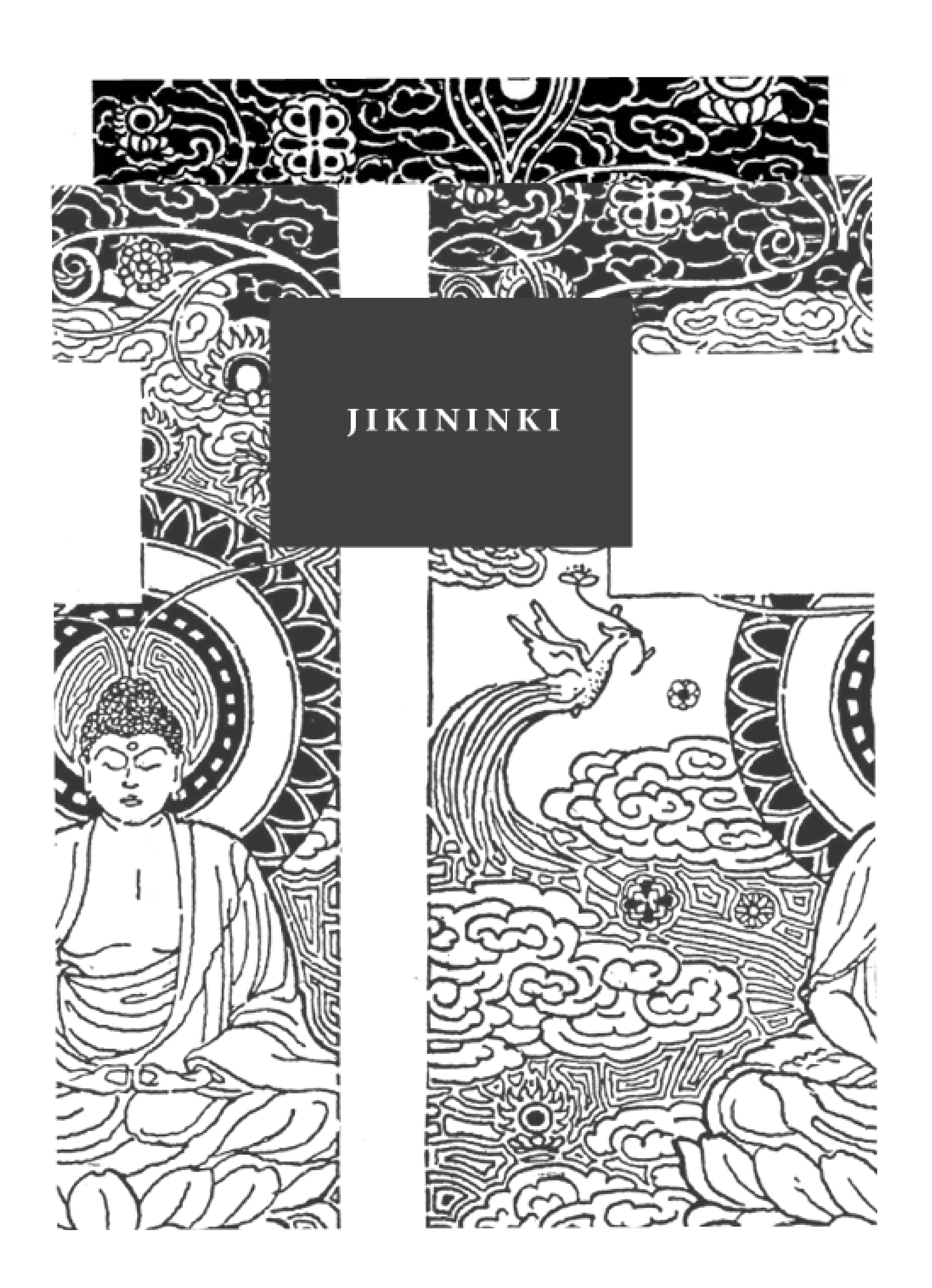
Sonjõ se rasuró la cabeza y se hizo sacerdote.

Kwaidan, 1904

** **

[1] Desde la antiguedad, en el Lejano Oriente, se consideraba a estas aves como emblemas de amor conyugal (N. del A.)

[2] Existe un doble significado patético en el tercer verso, pues las sílabas que componen el nombre propio Akanuma (Ciénaga Roja) también se pueden leer *akanu-ma,* que significa "el tiempo de nuestra inseparable (o encantadora) relación. De tal forma que el poema se puede interpretar así: "Cuando el día empezó a desfallecer/ Lo había invitado a acompañarme…!/ Ahora, después del tiempo de esa feliz relación, !qué desgracia para aquel que debe dormir solo a la sombra de los juncos!" El *makomo* es una especie de junco largo, con el que se suelen tejer cestos. (N. del A.)



JIKININKI

UNA VEZ, cuando Musõ Kokushi, sacerdote de la secta zen, viajaba solo por la provincia de Mino, se perdió en un distrito montañoso donde no había nadie que lo guiara. Durante largo tiempo vagó sin rumbo; y ya empezaba a desesperarse de hallar un refugio para la noche, cuando vislumbró, en lo alto de una colina iluminada por los últimos rayos del sol, una de esas pequeñas ermitas llamadas *anjitsu*, que se construyen para los monjes solitarios. Parecía estar en ruinas, pero Musõ se apresuró en dirección a ella y descubrió que la habitaba un monje de avanzada edad, a quien le rogó el favor de alojarlo por esa noche. El anciano rehusó con mal humor a su petición, pero le indicó a Musõ la dirección de una aldea, en un valle adyacente, donde se podía encontrar alojamiento y comida.

Musõ se encaminó hacia la aldea, formada por menos de una docena de granjas y fue amablemente recibido en la morada del jefe del lugar. Había cuarenta o cincuenta personas reunidas en el aposento principal cuando Musõ llegó, pero lo condujeron hasta un pequeño cuarto aparte, donde de inmediato le ofrecieron alimentos y cama. Como estaba tan cansado, Musõ se acostó muy temprano; pero un poco antes de medianoche lo despertó el ruido de un fuerte lamento que provenía del aposento de al lado. En ese mismo instante se deslizaron las puertas correderas; y un joven, que llevaba una lámpara encendida, entró al cuarto, lo saludó con una reverencia y le dijo:

–Venerable señor, es mi penoso deber informarle que ahora soy el responsable principal de esta casa. Ayer no era sino el hijo mayor. Pero cuando usted llegó aquí, cansado como estaba, no quisimos que se sintiera incómodo de ningún modo: por lo tanto, no le anunciamos que mi padre había muerto apenas unas horas antes. Las personas a las que vio en el cuarto contiguo son los habitantes de esta aldea; se han congregado aquí para rendirle un último tributo al muerto; y pronto se marcharán a otra aldea, unas tres millas de aquí, pues, por costumbre nuestra, ninguno permanece en la aldea durante la noche después de alguna muerte. Hacemos las ofrendas y plegarias necesarias, y luego nos vamos, dejando al cadáver solo. Suceden cosas extrañas en la casa donde queda el cadáver, así que

pensamos, que sería mejor que viniera con nosotros. Podemos encontrarle buen alojamiento en la otra aldea. Pero, quizás, como usted es un sacerdote, no tendrá temor a los demonios y a los espíritus malignos; y, si no siente temor de quedarse solo con el muerto, será bienvenido de hacer uso de nuestro humilde hogar. No obstante, debo decirle que nadie, excepto un sacerdote, se atrevería a permanecer aquí esta noche.

Musõ respondió:

–Por sus amables intenciones y generosa hospitalidad, me siento profundamente agradecido. Pero lamento que no me hayan dicho nada sobre la muerte de su padre cuando llegué, pues, aunque estaba algo cansado, no lo estaba al punto de hallar dificultades en cumplir con mis deberes sacerdotales. De habérmelo dicho, habría administrado el servicio antes de su partida. Así las cosas, administraré el servicio una vez se retiren, y permaneceré con el cuerpo hasta la mañana. Ignoro a qué se refiere al hablar del peligro de quedarme aquí a solas; pero no le temo ni a espectros ni a demonios: así que, por favor, no sienta ningún temor por mí.

El joven pareció alegrarse por estas afirmaciones y expresó su gratitud con palabras apropiadas. Entonces, los demás miembros de la familia, y los aldeanos reunidos en el cuarto contiguo, enterados de las promesas del sacerdote, acudieron a darle las gracias, y luego el dueño de la casa dijo:

–Ahora, venerable señor, aunque nos duela mucho dejarlo a solas, debemos despedirnos. Por las leyes de nuestra aldea, ninguno de nosotros puede permanecer aquí después de medianoche. Le imploramos, amable señor, que cuide por completo de su honorable cuerpo, ya que nosotros no podremos atenderlo. Y si acaso llegara a oír o ver o algo extraño durante nuestra ausencia, le rogamos por favor que nos lo cuente cuando regresemos por la mañana.

Todos dejaron la casa excepto el sacerdote, quien se dirigió al cuarto donde yacía el cadáver. Ante el cuerpo, habían depositado las ofrendas habituales; y ardía un *tõmyõ*, una pequeña lámpara budista. El sacerdote recitó las plegarias y llevó a cabo las ceremonias fúnebres, y después entró en una profunda meditación. Así permaneció meditando durante varias horas en silencio; y no se escuchaba ni un sonido en la aldea desierta. Pero, cuando el silencio de la noche llegaba a su punto más profundo, una Forma, vaga e inmensa, entró sigilosamente; y en ese mismo instante Musõ se

encontró sin el poder de moverse ni hablar.Vio cómo la Forma levantaba el cadáver, como si tuviera manos, y lo devoraba, con mayor rapidez que un gato devorando una rata; comenzó por la cabeza y se tragó todo: el pelo, los huesos y aun el sudario. Y la Criatura monstruosa, después de consumir el cadáver, se volvió hacia las ofrendas y también las devoró. Luego se fue, tan misteriosamente como había llegado.

Cuando los aldeanos regresaron a la mañana siguiente, hallaron al sacerdote ante las puertas de la casa principal. Todos lo saludaron y, cuando entraron y miraron alrededor del cuarto, ninguno mostró sorpresa alguna ante la desaparición del cadáver y las ofrendas. Pero el dueño de la casa le dijo a Musõ:

–Venerable señor, es probable que haya visto cosas desagradables durante la noche: todos estábamos ansiosos por su salud. Pero ahora estamos muy contentos de hallarlo sano y salvo. Felizmente nos habríamos quedado, de haber sido posible. Pero según las leyes de nuestra aldea, como le informé anoche, nos ordenan abandonar las casas después de ocurrido un fallecimiento y dejar el cadáver a solas. Cada vez que se incumplió la ley, sobrevino una enorme desgracia. Cada vez que se la obedece, hallamos que el cadáver y las ofrendas desaparecen durante nuestra ausencia. Quizás usted haya visto la causa.

Entonces Musõ le habló de la tenue y horrible Forma que había entrado en la cámara mortuoria para devorar el cuerpo y las ofrendas. A nadie pareció sorprenderle esta revelación; y el dueño de la casa señaló:

–Lo que nos acaba de contar, venerable señor, coincide con lo que se ha dicho al respecto desde tiempos remotos.

Musõ preguntó entonces:

–¿El monje de la colina no suele prestar los servicios fúnebres para sus muertos?

–¿Cuál monje? –preguntó el joven.

–El monje que ayer por la noche me señaló la dirección de esta aldea –respondió Musõ–. Pasé por su *anjitsu*, allá en la colina. Rehusó darme alojamiento, pero me indicó el camino hasta acá.

Todos se miraron entre sí, como atónitos; y, después de un momento de silencio, el jefe de la casa declaró:

–Venerable señor, no hay ningún monje ni *anjitsu* en la colina. Desde hace muchas generaciones ningún monje reside en este distrito.

Musõ no dijo nada más al respecto, pues resultaba evidente que sus amables anfitriones suponían que había sido engañado por alguna ilusión sobrenatural. Pero después de despedirse, y de obtener toda la información necesaria para proseguir su camino, decidió buscar de nuevo la ermita de la colina para confirmar si en realidad había sufrido o no un engaño. Halló el *anjitsu* sin dificultad y, esta vez, el anciano lo invitó a seguir. En cuanto Musõ entró, el anciano le hizo una humilde reverencia y exclamó:

–¡Ah! ¿Me siento avergonzado...? ¡Me siento muy avergonzado...! ¡Me siento terriblemente avergonzado!

–No tienes por qué avergonzarte por haberme negado alojamiento –dijo Musõ–. Me diste la dirección de la aldea vecina, donde fui tratado con suma amabilidad; y te agradezco el favor.

–No puedo ofrecer alojamiento a ningún ser humano –respondió el ermitaño–, y no es por haberme negado que siento vergüenza. Me avergüenza que me hayas visto en mi verdadera forma... pues fui yo quien anoche devoró el cadáver y las ofrendas ante tus propios ojos... Sepas, venerable señor, que soy un *jikininki*[1], un devorador de carne humana. Ten misericordia de mí y permíteme confesar la secreta falta que me redujo a esta condición.

"Hace mucho, mucho tiempo, yo era sacerdote en esta desolada región. No había otro sacerdote en muchas leguas a la redonda. Así que, en esa época, los cuerpos de los montañeses muertos solían traerlos hasta aquí –algunas veces desde grandes distancias– para que yo realizara los servicios sagrados sobre ellos. Pero yo repetía los servicios y cumplía con los ritos sólo por negocio; pensaba sólo en la comida y las vestimentas que mi sacra profesión me permitía obtener. Y como consecuencia de este impío egoísmo reencarné, inmediatamente después de mi muerte, en la forma de un *jikininki*. Desde entonces estoy obligado a alimentarme de los cadáveres de la gente que muere en este distrito: debo devorarlos a todos y a cada uno de la manera como viste anoche... Ahora, venerable señor, permite que te

ruegue que lleves a cabo un sacrificio *Ségaki*[2] para mí: ayúdame con tus plegarias, te lo imploro, para que muy pronto logre liberarme de esta espantosa existencia...”

No acababa de hacer el ermitaño esta petición cuando desapareció; y también desapareció la ermita, en el mismo instante. Y Musõ Kokushi se halló de rodillas a solas, en el pastizal, al lado de un sepulcro antiguo y enmohecido, con la forma que llaman *gorin-ishi*[3], y que parecía ser la tumba de un sacerdote.

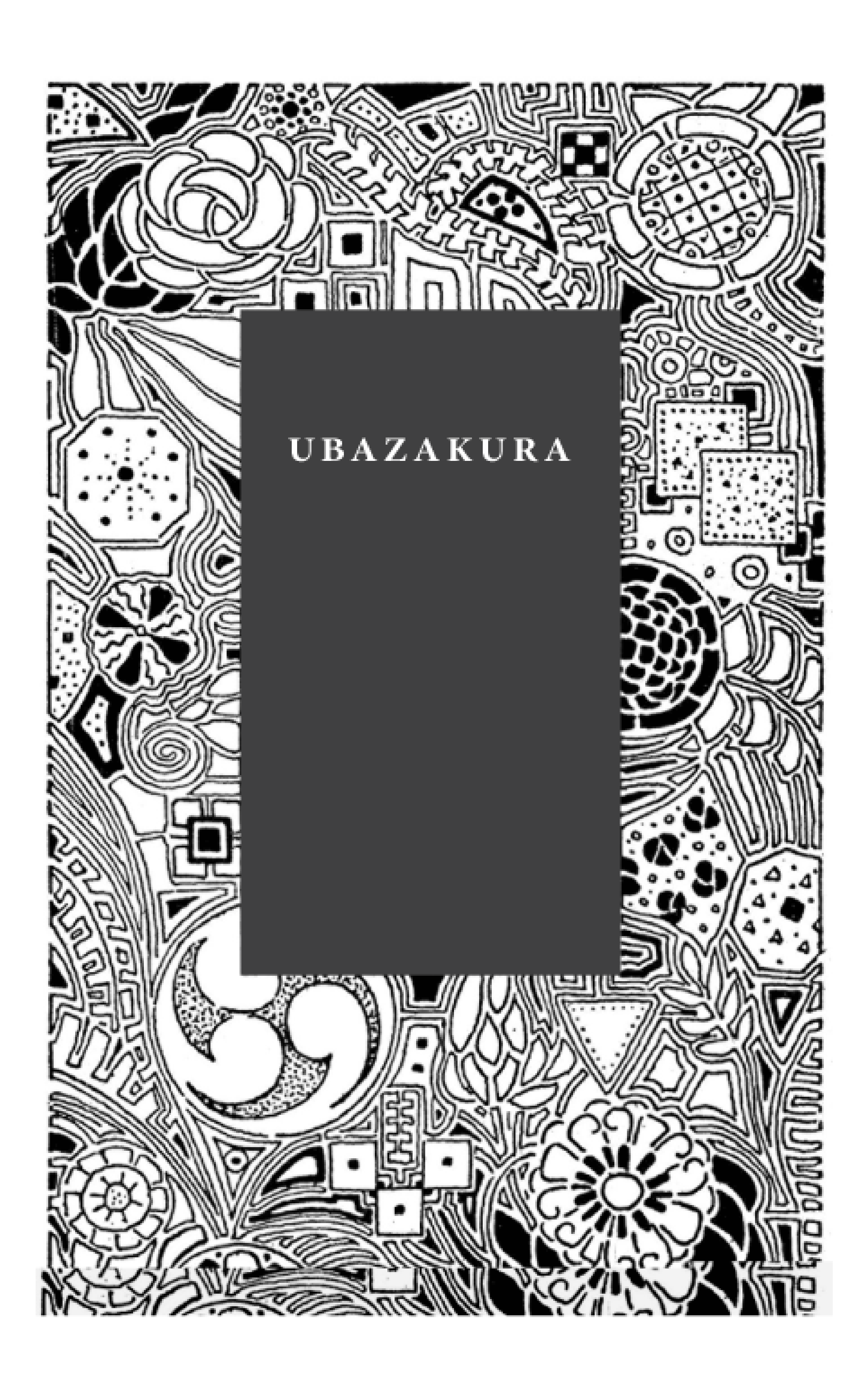
Kwaidan, 1904

** **

[1] Literalmente, un duende come-hombres. El narrador japonés da también el término sánscrito *Râkshasa*, pero esta palabra es tan vaga como Jikininki, puesto que existen muchas clases de “râkshasas”. Aparentemente el término Jikininki significa aquí uno de los Baramon-Rasetsu-Gaki, que forman las veintiséis clases de pretas enumeradas en los antiguos libros budistas. (N. del A.)

[2] Un sacrificio *ségaki* es una ofrenda espacial budista celebrada en honor a los seres que supuestamente han entrado a la condición de *gaki* (pretas), o espíritus hambrientos. Para una breve referencia a este servicio, véase mi *Japanese miscellany.* (N. del A.)

[3] Literalmente “piedra de cinco círculos” (o “cinco zonas”). Monumento funerario que consiste de cinco partes superpuestas , simbolizando los cinco elementos místicos: éter, aire, fuego, agua, tierra. (N. del A.)


UBAZAKURA

HACE TRESCIENTOS AÑOS, en la aldea de Asamimura, distrito de Onsengóri, provincia de Iyó, vivía un buen hombre llamado Tokubei. Este Tokubei era la persona más rica del distrito, y el *muraosa*, o jefe de la aldea. La suerte le sonreía en muchos aspectos, pero alcanzó los cuarenta años de edad sin conocer la felicidad de ser padre. Afligidos por la esterilidad de su matrimonio, él y su esposa elevaron muchas plegarias a la divinidad Fudó Myó O, que tenía un famoso templo llamado Saihóji, en Asamimura.

Finalmente sus plegarias fueron oídas: la mujer de Tokubei dio a luz una hija. La niña era muy bonita, y recibió el nombre de O-Tsuyu. Como la leche de la madre era deficiente, se contrató a una nodriza, llamada O-Sodé, para alimentar a la pequeña.

O-Tsuyu creció y se transformó en una hermosa muchacha; pero a los quince años cayó enferma y los médicos opinaron que iba a morir. En esos días la nodriza O-Sodé, quien amaba a O-Tsuyu con un auténtico amor de madre, fue entonces al templo de Saihóji y le rogó fervorosamente a Fudó-Sama por la salud de la niña. Todos los días, durante veintiún días, acudió al templo y oró; al cabo de ese lapso, O-Tsuyu se recobró súbita y completamente.

Entonces hubo gran alegría en la casa de Tokubei; y les ofreció una fiesta a todos sus amigos para celebrar el feliz acontecimiento. Pero en la noche de la fiesta O-Sodé cayó de repente enferma; y a la mañana siguiente, el médico, que había llamado para atenderla anunció que la nodriza agonizaba.

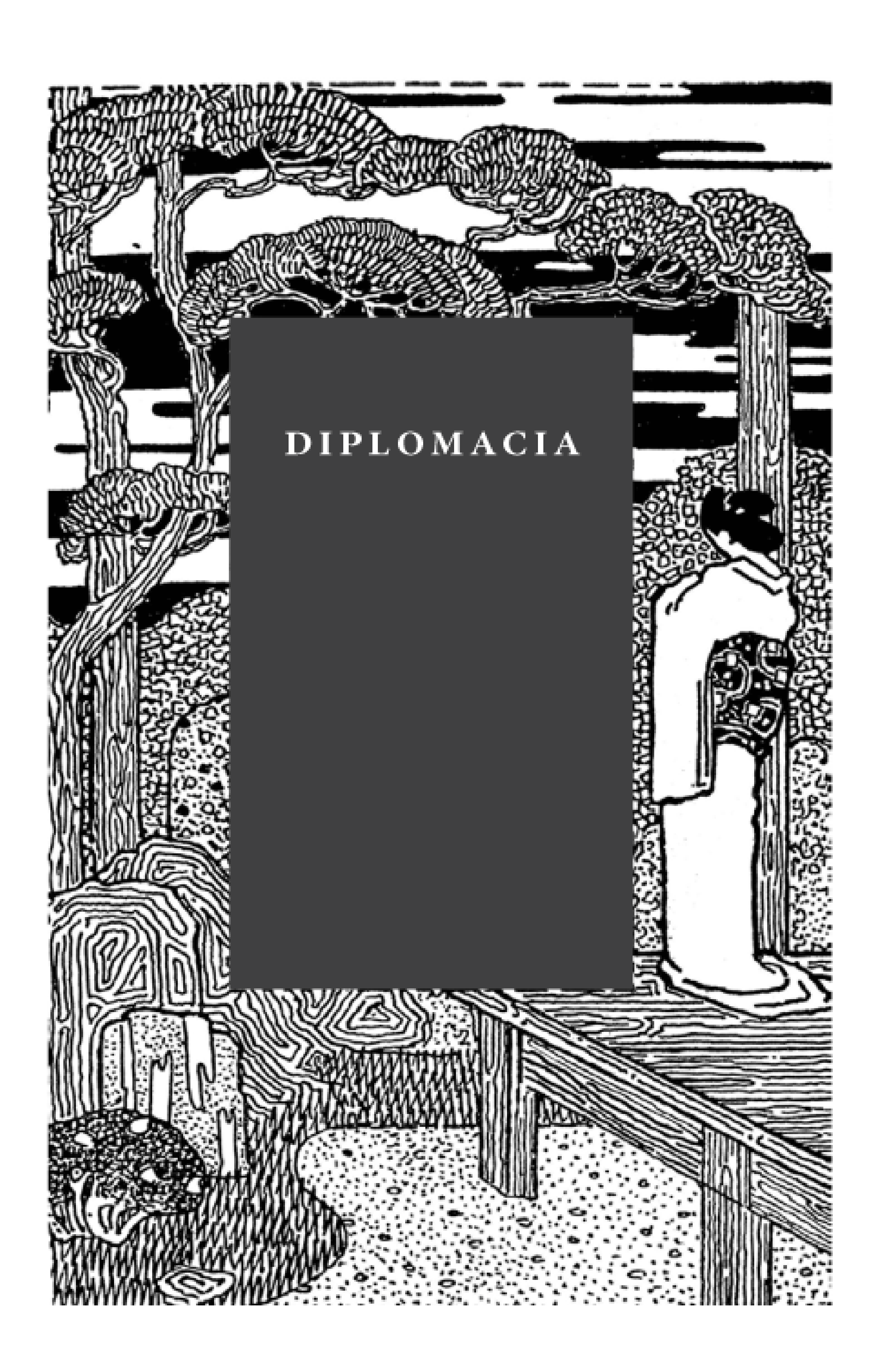
Entonces la familia, con mucho dolor, se congregó alrededor del lecho de la moribunda para darle la despedida. Pero ella les dijo:

–Es el momento de decirles algo que ustedes no saben. Mi plegaria ha sido escuchada. Le pedí a Fudó-Sama que me permitiera morir en lugar de O-Tsuyu; y este gran favor me ha sido otorgado. Por tanto, no deben lamentar mi muerte... Pero tengo algo que pedirles. Le prometí a Fudó-Sama que haría plantar un cerezo en el jardín de Saihóji, en señal de

gratitud y conmemoración. Ahora ya no podré plantarlo con mis propias manos: así que debo rogarles que lo hagan por mí... Adiós, queridos amigos; y recuerden que me alegró morir en lugar de O-Tsuyu.

Después de los funerales de O-Sodé, un joven cerezo –el mejor que pudieron encontrar– fue plantado por los padres de O-Tsuyu en el jardín de Saihóji. El árbol creció *y* floreció; y en el dieciseisavo día del segundo mes del año siguiente –en el aniversario de la muerte de O-Sodé– floreció de forma maravillosa. Continuó floreciendo durante doscientos cincuenta y cuatro años –siempre en el dieciseisavo día del segundo mes–; y las flores, blancas y rosadas, eran como los pezones de los pechos femeninos, humedecidos de leche. Y la gente lo llamó Ubazakura*,* el Cerezo de la Nodriza.

Kwaidan, 1904


DIPLOMACIA

SE HABÍA DADO LA ORDEN que la ejecución debería tomar lugar en el jardín del yashiki. De modo que condujeron al hombre hasta allí y lo obligaron a arrodillarse en un amplio espacio de arena atravesado por una hilera de tobiishi, o escalones de piedra, como los que aún se pueden ver en los jardines japoneses. Tenía los brazos amarrados a la espalda. Los sirvientes trajeron baldes con agua y sacos de arroz llenos de piedras; y apilaron los sacos alrededor del hombre arrodillado, rodeándolo de tal forma que no pudiera moverse. El señor de la casa se acercó y observó los preparativos. Los encontró satisfactorios y no hizo ningún comentario.

De repente el condenado le gritó:

–Honorable señor, la falta por la que me han condenado no la cometí de manera maliciosa. Fue sólo mi gran estupidez la causa de esta falta. Por haber nacido estúpido, por causa de mi karma, no siempre he podido evitar ciertos errores. Pero matar a un hombre por ser estúpido no está bien…, y esta injusticia será saldada. Tan seguro como me van a matar, así de segura será mi venganza, del resentimiento que provocan vendrá mi venganza; y el mal con el mal será devuelto...

Si se mata a una persona cuando siente un gran resentimiento, el fantasma de esta persona podrá vengarse de quien le causó la muerte. Esto lo sabía el samurai. Contestó con mucha delicadeza, casi con dulzura:

–Quizás dejaremos que nos asustes tanto como quieras… después de muerto. Pero es difícil creer que lo que dices sea sincero. ¿Intentarás ofrecernos alguna evidencia de tu gran resentimiento una vez que te haya cortado la cabeza?

–Sin duda lo haré –respondió el hombre.

–Muy bien –dijo el samurai, desenvainando la espada–; ahora voy a cortarte la cabeza. Frente a ti hay un escalón. Después de que te haya decapitado, trata de morder la piedra. Si tu furioso fantasma puede ayudarte a hacerlo, sin duda algunos de nosotros nos asustaremos… ¿Tratarás de morder la piedra?

–¡Lo haré!–gritó el hombre, con rabia.–¡La morderé...! ¡La mor-de.. !

Siguió un destello, un silbido y un ruido sordo: el cuerpo aprisionado se dobló sobre los sacos de arroz, dos largos chorros de sangre brotaron del cuello mutilado... y la cabeza rodó por la arena. Rodó hacia la piedra: entonces, saltando de repente, aferró el borde de la piedra entre los dientes, la mordió con desesperación por un momento, y cayó muerta.

Nadie habló; pero los sirvientes observaron horrorizados a su amo. Éste parecía estar bastante tranquilo. Simplemente le pasó la espada al sirviente más próximo, quien, con un tazón de madera echó agua sobre la hoja de la espada del mango a la punta y luego refregó con cuidado varias veces el acero, con hojas de fino papel… Y así concluyó la parte ceremonial de este suceso.

Durante los meses siguientes, todos los ayudantes y sirvientes domésticos vivieron con el incesante temor de una visita espectral. Ninguno de ellos dudaba de que la prometida venganza fuera a cumplirse; y su constante terror los hacía oír y ver muchas cosas que no existían. Empezaron a sentir miedo del rumor del viento entre los bambúes; a sentir temor incluso de las sombras que se agitaban en el jardín. Finalmente, después de consultarlo entre todos, decidieron solicitarle al amo que se realizara una ceremonia *Ségaki*[1] en honor del vengativo espíritu.

–Es absolutamente innecesario –dijo el samurai, cuando el jefe de los ayudantes le expresó el deseo de todos.–Entiendo que el deseo de venganza de un hombre a punto de morir puede ser causa de temor. Pero en este caso no hay nada que temer.

El servidor contempló al amo con ojos implorantes, pero dudó en preguntar sobre la razón de esta asombrosa seguridad.

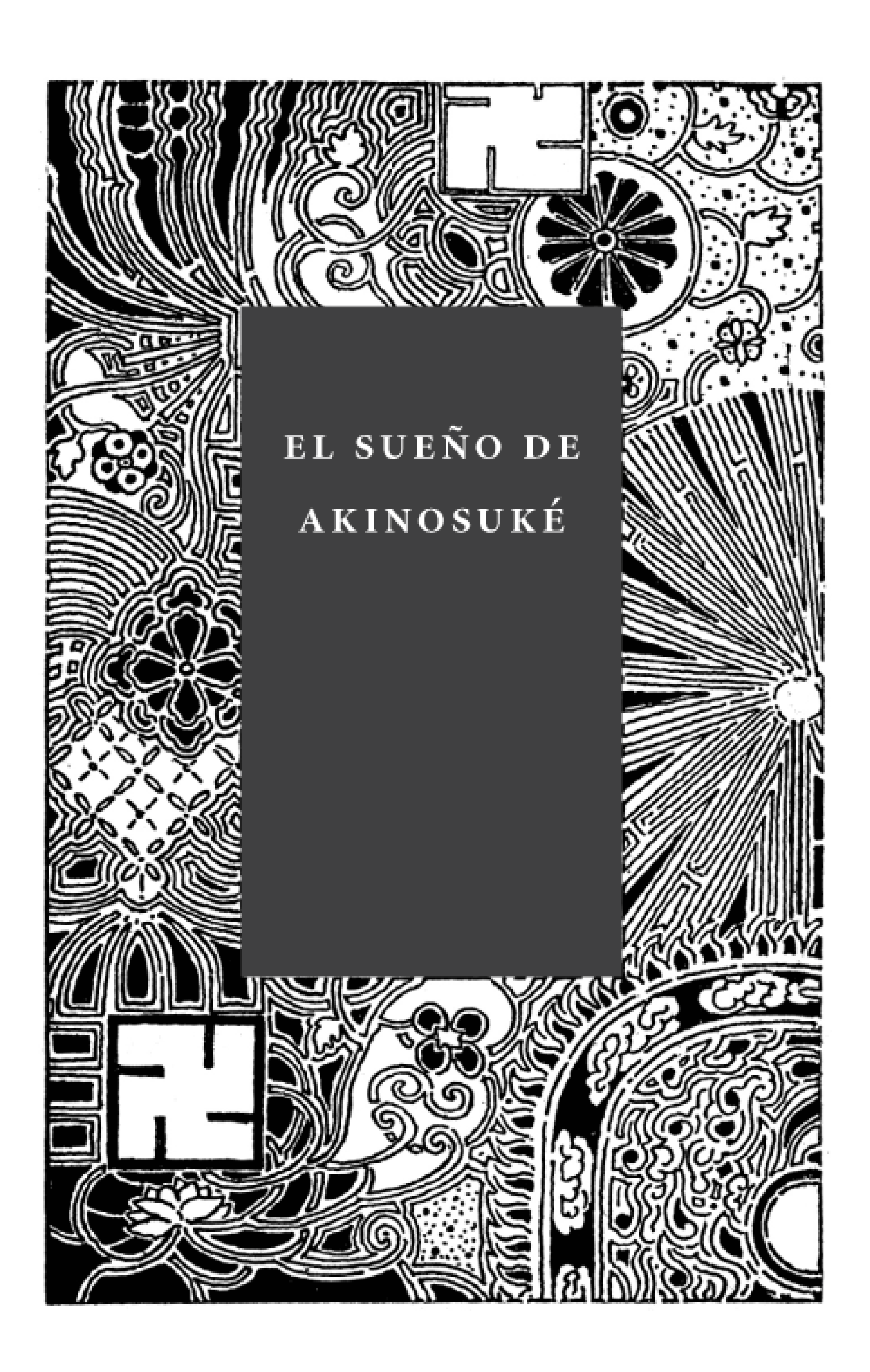
–Oh, la razón es muy simple –declaró el samurai, adivinando la muda perplejidad de los otros. –Sólo la intención final del hombre pudo haber sido peligrosa; y cuando lo desafié a que me diera una señal, distraje su mente del deseo de venganza. Murió con el firme propósito de morder la piedra; y ese fue el propósito que pudo llevar a cabo, pero ningún otro. Todo lo demás debió haberlo olvidado... Así que no tienen por qué sentir ninguna ansiedad adicional al respecto.

Y, de hecho, el muerto no volvió a molestarlos. Nada más sucedió.

Kwaidan, 1904

** **

[1] El servicio *segaki* es una ceremonia budista especial que se consagra a las criaturas que supuestamente han entrado en la condición de *gaki* (pretas), o espíritus hambrientos. Véase una breve referencia en mi libro *A Japanese miscellany.* (N. del A.)


EL SUEÑO DE
AKINOSUKÉ

En el distrito de nombre Toichi de la provincia de Yamato, solía vivir un góshi llamado Miyata Akinosuké… [Aquí debo aclarar al lector que en la época del Japón feudal había una clase privilegiada de soldados-granjeros, propietarios libres, semejantes a la clase de los *yeomen* (*"*pequeños propietarios rurales") de Inglaterra; y eran llamados góshi.]

En el jardín de Akinosuké había un cedro enorme y antiguo, bajo el que se echaba a descansar en los días de mucho calor. Una tarde muy cálida se encontraba sentado bajo el árbol con dos de sus amigos, dos colegas góshi, charlando y tomando vino, cuando de repente se sintió con mucho sueño, tanto que les rogó a sus amigos que lo excusaran por echarse una siesta ante su presencia. Luego se recostó al pie del árbol, y tuvo el siguiente sueño:

Imaginó que, mientras estaba echado allí en su jardín, veía una procesión, semejante al cortejo de un gran daimyõ descendiendo por una colina cercana, y que se ponía de pie para observarla. Resultó ser una procesión suntuosa, más imponente que cualquier otra por el estilo que hubiera visto antes; y marchaba hacia su propia casa. Observó en la parte delantera a un grupo de hombres jóvenes con ricas vestiduras, que arrastraban un gran palanquín lacado, un *gosho-guruma,* cubierto con seda azul. Cuando la procesión llegó a poca distancia de la casa se detuvo; y un hombre ricamente vestido –evidentemente una persona de rango– se separó del cortejo, se acercó a Akinosuké, le hizo una profunda reverencia y le dijo:

–Honorable señor, tiene ante usted un *kérai* [vasallo] del Kokuó de Tokoyo[1]. Mi amo, el Rey, me ordena que lo salude en su nombre y me ponga a su entera disposición. También desea que le informe que desea augustamente su presencia en el palacio. Tenga entonces la bondad de entrar de inmediato en este honorable palanquín, que él ha enviado para su comodidad.

Después de escuchar estas palabras, Akinosuké quiso dar una respuesta apropiada, pero estaba demasiado perplejo y aturdido para hablar; y al mismo tiempo la voluntad pareció abandonarlo, así que sólo pudo hacer lo que le indicaba el *kérai.* Entró en el palanquín, el *kérai* tomó asiento junto a

él e hizo una señal; los servidores, tomando las cuerdas de seda, hicieron girar el vehículo en dirección sur; y el viaje empezó.

Para sorpresa de Akinosuké, en muy poco tiempo el carruaje se detuvo ante un enorme pórtico de dos pisos (*rómon*) de estilo chino, que jamás había visto antes. En ese punto el *kérai* descendió y le dijo:

–Iré a anunciar su honorable llegada –y desapareció.

Después de un rato de espera, Akinosuké vio que dos hombres de noble aspecto, con túnicas de seda púrpura y altos gorros cuya forma indicaba un respetable rango, se acercaban desde el pórtico. Los dos, después de saludarlo respetuosamente, lo ayudaron a descender del palanquín, y lo condujeron por el pórtico y a través de un vasto jardín hasta la entrada de un palacio cuyo frente parecía extenderse, de oeste a este, sobre una distancia de millas. Akinosuké fue llevado después hasta una sala de recepción de tamaño y esplendor maravillosos. Sus guías lo condujeron hasta el sitio de honor y se sentaron aparte respetuosamente, mientras varias doncellas, con trajes de ceremonia, traían aperitivos. Cuando Akinosuké terminó con los aperitivos, los dos sirvientes con mantas púrpura se postraron ante él y le dirigieron las siguientes palabras, hablando cada uno por turnos, según la etiqueta de las cortes:

–Es nuestro honorable deber informarle... sobre la razón por la que lo han traído aquí... Nuestro señor, el Rey, augustamente desea que usted se convierta en su yerno…. Y es su deseo y su voluntad que… se case hoy mismo con la Augusta Princesa, su hija soltera… Debemos conducirlo pronto a la sala de audiencias... donde Su Augusta Majestad lo aguarda en este mismo momento para recibirlo… Pero antes será necesario que lo vistamos…con los atuendos necesarios para la ceremonia[2].

Después de hablarle de este modo, los servidores se pusieron de pie y entraron en una alcoba donde había un gran baúl lacado en oro. Abrieron el baúl y extrajeron ropas y ornamentos de ricos materiales, y un kamuri, o tocado real. Vistieron a Akinosuké con estos ornamentos como correspondía a un novio principesco, y después lo llevaron hasta la sala de audiencias, donde vio al Kokuo de Tokoyo sentado sobre su daiza[3], con el alto gorro negro de su rango, y envuelto en túnicas de seda amarilla. Ante el daiza, a izquierda y derecha, había una multitud de dignatarios sentados en orden de rango, inmóviles y espléndidos como las imágenes de un templo; y

Akinosuké, avanzando entre ellos, saludó al Rey con la triple reverencia de rigor. El Rey lo recibió con palabras amables, y entonces le dijo:

–Ya te han informado sobre la razón por la que te han traìdo a Nuestra presencia. Hemos decidido que te conviertas en el esposo escogido para Nuestra única hija, y la ceremonia nupcial se realizará en este momento.

Cuando el Rey dejó de hablar, se escucharon las notas de una música alegre; y un largo cortejo de hermosas damas de la corte surgió detrás de una cortina para conducir a Akinosuké al cuarto donde la novia lo esperaba.

El cuarto era inmenso, pero apenas sí podía albergar a la multitud de invitados testigos de la ceremonia. Todos se prosternaron ante Akinosuké cuando tomó su lugar, frente a la hija del Rey, en la almohadilla que le habían preparado. La novia parecía una doncella celestial; y sus ropas eran tan hermosas como un cielo de verano. Y la boda se celebró en medio de una gran alegría.

Después la pareja fue llevada a una serie de aposentos que habían sido preparados para ellos en otra ala del palacio; y allí recibieron las felicitaciones de muchas personas de la nobleza e innumerables regalos de boda.

Días más tarde Akinosuké fue conducido de nuevo a la sala del trono. En esta ocasión fue recibido con palabras aún más amables; y el Rey le dijo:

–Hacia el suroeste de Nuestros dominios hay una isla llamada Raishu. Te acabamos de nombrar gobernador de esa isla. Encontrarás que la gente es dócil y leal, pero sus leyes aún no están en completo acuerdo con las leyes de Tokoyo, y sus costumbres aún no han sido reguladas apropiadamente. Te confiamos el deber de mejorar su condición social hasta donde te sea posible, y es Nuestro deseo que los gobiernes con benevolencia y sabiduría. Ya se han hecho todos los preparativos necesarios para tu viaje a Raishu.

Así fue como Akinosuké y su esposa partieron del palacio de Tokoyo, acompañados hasta la costa por una gran corte de nobles y oficiales que los acompañaron hasta la costa, donde se embarcaron en una nave oficial provista por el Rey. Y con vientos favorables llegaron a Raishu, donde la buena gente de la isla los aguardaba en la playa para ofrecerles la bienvenida.

Akinosuké se consagró de inmediato a sus nuevas obligaciones, que no resultaron difíciles de cumplir. Durante los tres primeros años de gobierno estuvo ocupado principalmente en la configuración y ejecución de las leyes; pero contaba con sabios consejeros y nunca sintió que se trataba de una labor desagradable. Cuando estuvo concluida su tarea, Akinosuké no tuvo más obligaciones activas que cumplir, más allá que asistir a los ritos y ceremonias prescritos por la tradición. La isla era tan fecunda y saludable que no se conocían la enfermedad ni la miseria, y la gente era tan bondadosa que las leyes nunca se rompieron. Y Akinosuké habitó y gobernó en Raishu por veinte años más; completando un total de veintitrés años de labores, durante los cuales ninguna sombra de dolor atravesó su existencia.

Pero el vigésimo cuarto año de su gobierno, un gran infortunio cayó sobre él, pues su esposa, que le había dado siete hijos —cinco hombres y dos mujeres— enfermó y murió. Fue sepultada con gran pompa en la cima de una hermosa colina del distrito de Hanryoko, y un monumento, más que espléndido, fue puesto sobre su tumba. Pero Akinosuké sentía tanto dolor por su muerte que ya no le interesaba vivir.

Entonces cuando concluyó el período legal de duelo, llegó a Raishu, del palacio de Tokoyo, un shisha, o mensajero real. El shisha le entregó a Akinosuké un mensaje de condolencia, y luego le dijo:

–Estas son las palabras que nuestro augusto señor, el Rey de Tokoyo, me ordena repetirle: “Ahora te enviaremos de regreso donde nuestra gente y nuestro país. En cuanto a los siete niños, son los nietos y las nietas del Rey, y deberán recibir el cuidado debido. Así que, por lo tanto, no dejes que tu mente se preocupe por ellos”.

Al recibir este mandato, Akinosuké sumisamente se preparó para partir. Cuando todos sus asuntos quedaron en orden, y cuando concluyó la ceremonia de despedida de sus consejeros y oficiales, fue escoltado con grandes honores hasta el puerto. Allí se embarcó en la nave que le habían enviado; y la nave navegó por el mar azul, bajo el cielo azul, y el contorno de la isla de Raishu se volvió también azul, y después se volvió gris, y luego desapareció para siempre… Y Akinosuké súbitámente se despertó… ¡bajo el cedro de su jardín!

Por un instante se sintió confundido y mareado. Pero entonces se dio cuenta de que sus amigos aún permanecían junto a él, bebiendo y charlando alegremente. Los miró con asombro y exclamó en alta voz:

–¡Qué extraño!

–Akinosuké debió haber estado soñando –exclamó uno de ellos, con una carcajada–. ¿Qué fue lo que viste, Akinosuké, tan extraño?

Entonces Akinosuké les contó el sueño; ese sueño de veintirés años de estadía en el reino de Tokoyo, en la isla de Raishu; y los dos se sorprendieron, pues su amigo no había dormido más de unos pocos minutos.

Uno de los góshi dijo:

–En verdad que viste cosas extrañas. También nosotros vimos algo extraño mientras dormías la siesta. Una pequeña mariposa amarilla revoloteó sobre tu rostro por un instante o dos, y la observamos. Después descendió al suelo junto a ti, muy cerca del árbol; y tan pronto como se posó ahí, una enorme, enorme hormiga salió de un agujero, la atrapó y la arrastró hasta el agujero. Poco antes de que te despertaras, vimos que la misma mariposa salía de nuevo del agujero y revoloteaba sobre tu rostro como antes. Y de pronto desapareció: no supimos adónde se fue.

–Quizás era el alma de Akinosuké –dijo el otro góshi–, pues en efecto pensé verla volar dentro de su boca… Pero, incluso si esa mariposa fuera el alma de Akinosuké, eso no explica el sueño.

–Las hormigas podrán explicarlo –respondió el que habló primero–. Las hormigas son criaturas muy raras... acaso sean demonios... En todo caso, hay un gran nido de hormigas debajo del cedro.

–¡Vamos a ver! –exclamó Akinosuké, incitado por esta sugerencia y fue a buscar una pala.

El terreno alrededor y debajo del cedro resultó haber sido excavado, de la manera más sorprendente, por una prodigiosa colonia de hormigas. Además, las hormigas habían edificado dentro de la cavidad, y sus minúsculas construcciones de paja, barro y ramas guardaban una asombrosa semejanza con ciudades en miniatura. En el centro de una estructura considerablemente mayor que las otras, había un extraordinario ir y venir de

pequeñas hormigas alrededor del cuerpo de una hormiga mucho más grande, que tenía alas amarillentas y una gran cabeza negra.

–¡Por Dios, ese es el Rey de mi sueño! –exclamó Akinosuké–. ¡Y ése el palacio de Tokoyo!... ¡Qué extraordinario!... Raishu debe de estar en alguna parte hacia el suroeste… a la izquierda de esa gran raíz... ¡Sí! ¡Aquí está! ¡Qué extraño! Ahora estoy seguro de encontrar la colina de Hanryoko, y la tumba de la princesa.

Escarbó y escarbó entre el derrumbe del hormiguero, y al fin descubrió un pequeño montículo en cuya cima había una piedra enmohecida, con una forma parecida a la de un monumento budista. Debajo encontró, envuelto en barro, el cadáver de una hormiga hembra.

Kwaidan, 1904

** **

[1] Este nombre, *Tokoyo*, es indefinido. Dependiendo de las circunstancias puede significar cualquier país desconocido –o aquel territorio incógnito de cuyos límites ningún viajero regresa–, o ese País de las Hadas de las fábulas del Lejano Oriente, el Reino de Hórai. El término *kokuó* significa el gobernante de un país, por lo tanto un rey. La frase original, “Tokoyo no Kokuó”, debe traducirse aquí como “el Gobernante de Hórai» o “el Rey del País de las Hadas”. (N. del A.)

[2] La última frase, según la antigua costumbre, debía ser pronunciada por los dos servidores al mismo tiempo. Todos estas prácticas ceremoniales aún pueden observarse en el escenario japonés. (N. del A.)

[3] Este era el nombre que recibía el estrado, o dais, que ocupaba un príncipe o señor feudal en la corte. El vocablo, literalmente, significa “gran asiento”. (N. del A.)


LA
DONCELLA
DEL ESPEJO

En el periodo del shogunato de Ashikaga el altar de Ogawachi-Myojin, en Minami-Isé, cayó en decadencia; y el daimyõ del distrito, el Señor Kitahataké, se vio en la imposibilidad, por razones de la guerra y otras circunstancias, de costear la reparación del edificio. Entonces el sacerdote sintoísta que estaba a cargo, Matsumura Hyogo, buscó ayuda con el gran daimyõ Hosokawa, de Kyoto, de quien se sabía que tenía influencia en el Shogun. El Señor Hosokawa recibió al sacerdote con amabilidad, y prometió hablar al Shogun sobre la ruina de Ogawachi-Myojin. Sin embargo le dijo que, en cualquier caso, una ayuda para la restauración del templo vendría sólo después de una debida investigación y una considerable demora, y le aconsejó a Matsumura que permaneciera en la capital mientras se tramitaba la subvención. Matsumura, pues, trajo a su familia a Kyoto y alquiló una casa en el antiguo barrio de Kyogoku.

Esta casa, aunque espaciosa y elegante, llevaba mucho tiempo desocupada. Se decía que era una casa desafortunada. En el sector noreste había una fuente, y algunos de los anteriores habitantes se habían ahogado en ella, sin causa conocida. Pero Matsumura, al ser sacerdote sintoísta, no sentía miedo de espíritus malignos; y muy pronto se instaló cómodamente en su nuevo hogar.

En el verano de ese año hubo una terrible sequía. No llovía durante meses en las Cinco Provincias Centrales; los cauces de los ríos se secaron, las fuentes se agotaron, e incluso en la capital había escasez de agua. Pero la fuente en el jardín de Matsumura permanecía casi llena, y el agua –que era muy fría y cristalina, con leves tintes azulados– parecía alimentarse de un arroyo. Durante este temporada de calor mucha gente acudía de todas partes de la ciudad para rogar que le dieran agua; Matsumura les permitía llevar toda la que quisieran. Sin embargo, la provisión de agua, no parecía disminuir jamás.

Pero una mañana el cadáver de un joven sirviente, que había sido enviado desde una casa vecina para recoger agua, fue hallado flotando en la fuente. No pudieron imaginar ninguna causa de suicidio; y Matsumura, recordando

las desagradables historias sobre la fuente, comenzó a sospechar de alguna malevolencia invisible. Fue a examinar la fuente, con la intención de rodearla con una cerca; y mientras se encontraba ahí solo, lo sorprendió una súbita agitación en el agua, como de algo vivo. El movimiento cesó casi enseguida; entonces vio, claramente reflejada en la inmóvil superficie, la figura de una joven de unos diecinueve o veinte años de edad. Parecía estar ocupada con su baño: vio con toda nitidez cómo se rozaba los labios con béni[1]. Al principio su rostro sólo era visible de perfil, pero de inmediato se volvió hacia él y sonrió. Un extraño temblor estremeció el corazón del sacerdote, y lo invadió un mareo semejante al mareo que provoca el vino; y todo alrededor se volvió oscuro, excepto ese rostro sonriente, pálido y hermoso como la luz de la luna, y que parecía ser cada vez más hermoso y estar arrastrándolo hacia el fondo, hacia el fondo de la oscuridad. Pero con un esfuerzo desesperado, recobró la voluntad y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el rostro ya no estaba y había vuelto la claridad: y se encontró echado sobre el borde de la fuente. Un segundo más de ese mareo, un segundo más de ese espejismo, y jamás habría vuelto a ver de nuevo el sol…

Al regresar a la casa, ordenó a su gente no acercarse a la fuente bajo ninguna circunstancia, ni que dejaran que nadie fuera a buscar agua. Y al día siguiente tenía ya una fuerte cerca alrededor de la fuente.

Una semana después de la construcción de la cerca una furiosa tormenta acabó con la sequía, acompañada de vientos, rayos y relámpagos; relámpagos tan poderosos que toda la ciudad se estremecía bajo su clamor, como sacudida por un terremoto. Durante tres días y tres noches continuaron los aguaceros, los rayos y los relámpagos; y el Kamogawa creció como nunca antes había crecido, arrastrando numerosos puentes. En la tercera noche de la tormenta, a la Hora del Buey, se escucharon golpes en la puerta de la casa del sacerdote, seguidos de la voz de una mujer rogando que la dejaran entrar. Pero Matsumura, alertado por su experiencia en la fuente, prohibió a la servidumbre responder a la llamada. Él mismo acudió a la entrada y preguntó:

–¿Quién es?

Una voz femenina respondió:

–¡Perdón! Soy yo… Yayoi[2]. Tengo algo que decir a Matsumura Sama….algo muy urgente. ¡Abran, por favor!

Matsumura entreabrió la puerta, con mucha cautela, y vio el mismo bello rostro que le había sonreído desde la fuente. Pero ahora no sonreía: tenía una expresión muy triste.

–No entrarás en mi casa –exclamó el sacerdote–. No eres un ser humano, sino una Criatura de la Fuente... ¿Por qué tratas de engañar y destruir así a la gente con tanta perversidad?

La Criatura de la Fuente respondió con una voz tan melodiosa como el roce de una joyas (tamawo-koro-gasu-koé):

–De eso precisamente vengo a hablar... Jamás quise maltratar a los humanos. Pero desde hace mucho tiempo un Dragón Venenoso habitaba en esa fuente. Era el Amo de la Fuente, y por él siempre estaba llena. Hace mucho caí en el agua y entonces quedé sometida a su voluntad; y él tenía el poder de hacer que yo atrajera a la gente hacia la muerte, para así poder beber su sangre. Pero ahora el Emperador Celestial ordenó que el Dragón habite de aquí en adelante en el lago llamado Torii-no-Iké, en la provincia de Shinshu, y los dioses han decidido que jamás pueda regresar a esta ciudad. Esta noche, pues, en cuanto él partió, yo pude salir y venir en busca de tu benévola ayuda. Como el Dragón se ha ido, hay en la fuente muy poca agua; si ordenas investigar, allí hallarás mi cadáver. Te ruego que lo rescates sin demora, y sin duda recompensaré tu bondad...

Dijo estas palabras, y se esfumó en la sombra.

Antes del alba se disipó la tormenta; y cuando surgió el sol no había restos de nubes en el claro cielo azul. A primera hora de la mañana Matsumura mandó buscar a los limpiadores de fuentes a que la inspeccionaran. Entonces, para asombro de todos, la fuente estaba casi vacía. La limpiaron sin dificultad, y en el fondo descubrieron ciertos adornos de pelo de estilo muy antiguo y un espejo de metal de forma muy curiosa, pero no había vestigios de ningún cadáver, ni animal ni humano.

Matsumura imaginó, empero, que el espejo quizás guardaba alguna explicación del enigma; pues todos estos espejos son cosas extrañas, ya que tienen un alma propia; y el alma de los espejos es femenina. El espejo, que parecía muy viejo, estaba cubierto por una gruesa costra de arcilla. Pero

cuando lo limpiaron con cuidado por orden del sacerdote, resultó ser una obra artesanal muy rara y valiosa, y había maravillosos diseños en la parte de atrás, así como también varios caracteres. Algunos de los caracteres se habían vuelto ilegibles, pero aún podía distinguirse parte de una fecha y unos ideogramas que significaban “tercer mes, el tercer día”. Ahora bien, el tercer mes solía denominarse Yayoi (es decir, el Mes del Incremento); y el tercer día del tercer mes, que es un día de fiesta, aún se denomina Yayoi-nosekku. Al recordar que la Criatura de la Fuente se había presentado como “Yayoi”, Matsumura estuvo casi seguro de que este visitante espectral no había sido otro que el Alma del Espejo.

Decidió entonces tratar al espejo con todos los respetos debidos a un Espíritu. Después de ordenar que lo pulieran y cromaran cuidadosamente, hizo construir una caja de madera fina para guardarlo, y preparar un cuarto en la casa para recibirlo. En la noche del mismo día que lo depositaron respetuosamente en el cuarto, la misma Yayoi compareció inesperadamente ante el sacerdote, sentado a solas en su estudio. Parecía aún más hermosa que antes, pero la luz de su belleza era ahora tan suave como la luz de la luna de verano brillando a través de nubes de blanca pureza. Después de saludar humildemente a Matsumura, dijo con su voz dulce y melodiosa:

–Ahora que me has salvado de la soledad y el dolor, vine a agradecértelo... Soy, como en efecto tú suponías, el Espíritu del Espejo. Fue durante la época del Emperador Saimei cuando por primera vez me trajeron aquí desde Kudara; y habité en la augusta residencia hasta el tiempo del Emperador Saga, cuando fui augustamente ofrecido a la dama Kamo Naishinno de la Corte Imperial[3]. Más tarde me transformé en objeto hereditario de la Casa de Fuji-wara, y así fue hasta el período de Hogen, cuando fui arrojado a la fuente. Allí me dejaron y olvidaron durante los años de la gran guerra[4]. El Amo de la Fuente[5] era un Dragón venenoso que habitaba un lago que anteriormente cubría gran parte de este distrito. Después de que el lago se rellenó, por orden del gobierno, para que pudieran edificarse casas en el lugar que ocupaba, el Dragón se apoderó de la fuente; y al caer en ella quedé sujeta a su poder, y me obligó a arrastrar a muchos a la muerte. Pero los dioses lo han exilado para siempre... Ahora debo pedirte un nuevo favor: te imploro que me hagas llegar hasta el Shogun, el Señor Yoshimasa, quien por ascendencia está ligado a mis anteriores propietarios. Concédeme este último favor, y te traeré buena

fortuna… Aunque también debo advertirte de un peligro. En esta casa, después de mañana, no debes permanecer, pues será destruida...–Y con estas palabras de advertencia,Yayoi desapareció.

Matsumura sacó provecho de esta premonición. Al día siguiente hizo mudar a su gente y sus pertenencias a otro distrito; casi enseguida se levantó otra tormenta, aún más violenta que la anterior, provocando una inundación que arrastró la casa donde había habitado.

Un tiempo después, por mediación del Señor Hosokawa, Matsumura logró obtener una audiencia con el Shogun Yoshimasa, a quien le presentó el espejo, acompañado de un relato escrito de su maravillosa historia. Entonces se cumplió la predicción del Espíritu del Espejo, pues el Shogun, muy complacido por este extraño regalo, no sólo le ofreció a Matsumura valiosos regalos, sino que le otorgó una generosa subvención para la reconstrucción del Templo de Ogawachi-Myojin.

El romance de la Vía Láctea, 1905

** **

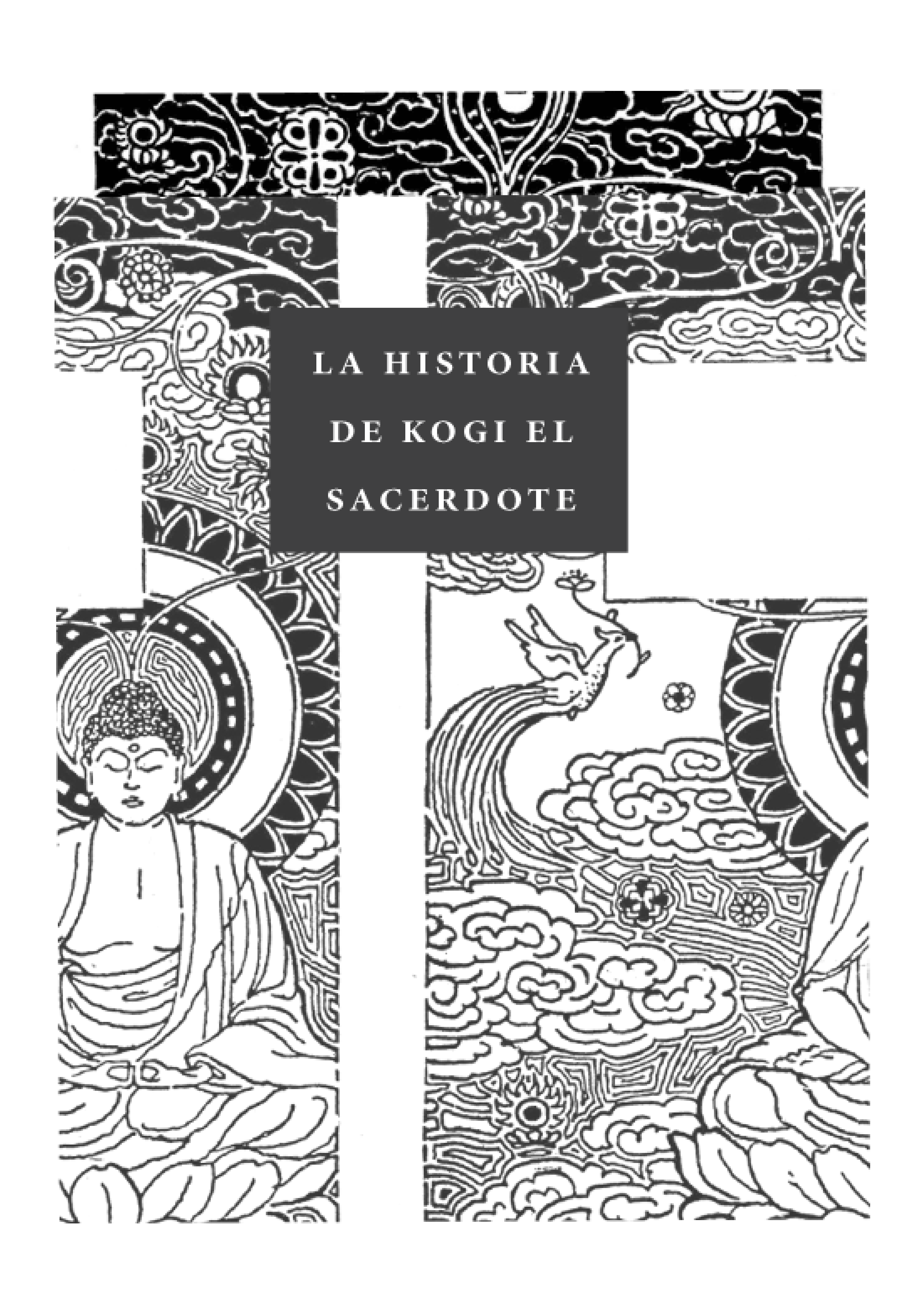
[1] Especie de colorete (N. del A.)

[2] Este nombre, aunque infrecuente, aún suele usarse. (N. del A.)

[3] El Emperador Saimei reinó de 655 a 662 (d.C.); el Emperador Saga, de 810 a 842. Kudara era un antiguo reino de Corea suroccidental, mencionado con frecuencia en la historia japonesa antigua. Una Naishinno tenía sangre imperial. En la antigua jerarquía de la corte había veinticinco rangos o grados de damas nobles; la Naishinno se situaba en el séptimo, por orden de importancia. (N. del A.)

[4] Durante siglos, las esposas de los emperadores y las damas de la Corte Imperial fueron escogidas del clan Fujiwara. El período llamado Hogen duró de 1156 a 1159: la guerra mencionada es la famosa guerra entre los clanes de Taira y Minamoto. (N. del A.)

[5] Según antiguas creencias, toda fuente o arroyo tenía un guardián invisible que a veces adoptaba, según se suponía, forma de serpiente o de dragón. El espíritu de un lago o un estanque era comúnmente denominado Iké-no-Mushi, el Señor del Lago. Aquí hallamos el título de “Amo” conferido a un dragón que habita en una fuente, pero el guardián de las fuentes es, en realidad, el dios Suyin. (N. del A.)



LA HISTORIA DE KOGI EL SACERDOTE

HACE CASI MIL AÑOS, en el famoso templo, Miidera de Otsu[1], provincia de Omi, vivía un sabio sacerdote llamado Kogi. Era un gran artista. Pintaba, casi con la misma maestría, cuadros de Budas, cuadros de hermosos paisajes, cuadros de animales o pájaros; pero lo que más le gustaba era pintar peces. Cuando hacía buen tiempo, y sus deberes religiosos se lo permitían, solía llegarse hasta el Lago Biwa y contrataba pescadores para que le atraparan peces, sin causarles el menor daño, de modo que pudiera pintarlos mientras ellos nadaban en una enorme pecera. Después de dibujarlos y alimentarlos como si fueran sus mascotas, los dejaba libres de nuevo, llevándolos él mismo al lago. Sus pinturas de peces se volvieron finalmente tan famosas que la gente recorría grandes distancias para contemplarlas. Pero su pintura de peces más maravillosa de todas no fue copiada de la vida, sino del recuerdo de un sueño. Pues un día, cuando estaba sentado en la orilla del lago y contemplaba los peces nadando, Kogi se había dormido y soñó que jugaba con los peces bajo el agua. Cuando despertó, el recuerdo del sueño se mantenía con tal nitidez que pudo pintarlo; y llamó a esta pintura que colgó en la alcoba de su cuarto en el templo, “El sueño de las carpas”.

A Kogi nunca pudieron persuadirlo de que vendiera alguna de sus pinturas de peces. Estaba dispuesto a separarse de sus paisajes, sus pájaros o sus flores, pero alegaba que no estaba dispuesto a vender ninguno de sus cuadros de peces vivientes a nadie que tuviera la crueldad de matarlos o comerlos. Y como todas las personas que querían comprarle los cuadros comían pescado sus ofertas de dinero no lo tentaban.

Un verano Kogi cayó enfermo, y después de una semana de enfermedad perdió la facultad del habla y del movimiento, de modo que pareció haber muerto. Pero después de haberse llevado a cabo la ceremonia fúnebre, sus discípulos percibieron algo de calor en su cuerpo, y decidieron postergar la sepultura por algunos días y vigilar el aparente cadáver. En la tarde de ese mismo día, Kogi súbitamente revivió e interrogó a los centinelas, preguntándoles:

–¿Cuánto tiempo he permanecido sin conciencia del mundo?

–Más de tres días –respondió un acólito–. Pensamos que habías muerto; y esta mañana tus amigos y feligreses se congregaron en el templo para la ceremonia fúnebre. Celebramos el servicio, pero después, al darnos cuenta de que tu cuerpo no estaba del todo frío, aplazamos el entierro, de lo cual nos alegramos mucho.

Kogi asintió con aprobación y dijo:

–Quisiera que alguno de ustedes vaya inmediatamente a la casa de Taira no Suké, donde los jóvenes celebran un banquete en este mismo momento (están comiendo pescado y bebiendo vino), y les diga: "Nuestro maestro ha revivido y les ruega que tengan la bondad de dejar la fiesta y comparecer ante él de inmediato, pues tiene una maravillosa historia que contarles…"

–Entretanto –continuó Kogi–, observen lo que hacen Suké y sus hermanos; miren si, como digo, no celebran el banquete

Entonces un acólito partió de inmediato a la casa de Taira no Suké, y descubrió con asombro que Suké y su hermano Juro, con el sirviente suyo, Kamori, celebraban un banquete, tal como Kogi había dicho. Pero, al recibir el mensaje, los tres dejaron en el acto el pescado y el vino, y se dirigieron de inmediato al templo. Kogi, echado sobre la cama donde lo habían trasladado, los recibió con una sonrisa de bienvenida; y, después de un intercambio de palabras amables, le dijo a Suké:

–Ahora, amigo mío, por favor respóndeme a algunas preguntas que voy a hacerte. Primero que todo, dime por favor si hoy le compraste un pescado al pescador Bunshi.

–Pues sí, en efecto –respondió Suké–, ¿pero cómo lo supiste?

–Espera un momento, por favor… –dijo el sacerdote–. Ese pescador hoy entró en tu casa, con un pescado de tres pies de largo en su cesta: era temprano en la tarde, justo después de que tú y Juro comenzaran una partida de go; *y* Kamori estaba observando el juego y comiendo un durazno, ¿no es así?

–Es verdad –exclamaron al mismo tiempo Suké y Kamori, con asombro creciente.

–Y cuando Kamori vio ese enorme pescado –prosiguió Kogi–, en el acto decidió comprarlo; y, además de pagar por el precio del pescado le dio a Bunshi unos duraznos, en un plato, y tres copas de vino. Entonces llamaron al cocinero; apareció y observó el pescado con admiración; y después, a una orden tuya, lo cortó en rodajas y lo preparó para su banquete… ¿No sucedió todo tal como he dicho?

–Sí –respondió Suké–, pero estamos muy sorprendidos de que sepas todo lo que ocurrió hoy en nuestra casa. Por favor, dinos cómo supiste todo esto.

–Bueno, pues por mi historia –dijo el sacerdote–. Ya saben que casi todos me creyeron muerto; ustedes mismos asistieron a mi funeral. Pero no creía, hace tres días, que estuviera gravemente enfermo: sólo recuerdo que sentía cierta debilidad y mucho calor, y que deseaba salir al aire para refrescarme. Y creí levantarme de la cama, con gran esfuerzo, y salir, con la ayuda de un bastón… Acaso esto haya sido sólo imaginación; pero en un momento podrán juzgar la verdad por sí mismos: voy a relatar todo tal y como pareció haber sucedido… Tan pronto como salí de la casa, al aire luminoso, empecé a sentirme muy liviano, como un ave que escapa de la red o de la jaula donde estaba presa. Vagué hasta llegar al lago, y el agua se veía tan hermosa y azul que sentí un gran deseo de nadar. Me quite la ropa y me zambullí, y empecé a nadar; y estaba sorprendido al descubrir que podía nadar muy rápido y con mucha destreza, a pesar de que antes de enfermar fui siempre mal nadador… Pensarán que sólo les cuento un sueño tonto pero ¡escuchen!... Mientras me preguntaba sobre esta nueva habilidad mía, descubrí muchos peces que nadaban debajo y a mi alrededor; y me sentí de repente envidioso de su felicidad, reflexionando que, por muy buen nadador que se convierta un hombre, nunca podrá gozar bajo el agua como lo hace un pez. Justo entonces, un pez enorme asomó la cabeza sobre la superficie frente a mí, y me habló con voz de hombre, diciendo: ‘Ese deseo tuyo es muy fácil satisfacer. ¡Por favor espera ahí un momento!’. El pez se sumergió, desapareciendo, y aguardé. Después de unos pocos minutos, emergió del fondo del lago, a lomos del mismo pez que me había hablado, un hombre con el tocado y los trajes ceremoniales de un príncipe; y el hombre me dijo: ‘Vengo a tu presencia con un mensaje del Rey-Dragón, quien conoce de tu deseo de disfrutar por un breve tiempo de la condición de pez. Y como has salvado la vida de muchos peces, y has mostrado siempre compasión hacia las criaturas vivientes, el Dios te confiere ahora el

atuendo de la Carpa Dorada, para que puedas disfrutar de los placeres del Mundo del Agua. Pero debes de tener mucho cuidado de no comer ningún pez, ni ninguna comida preparada con pescado, por más que huela delicioso; y también debes tener mucho cuidado de no ser atrapado por los pescadores, ni de herirte el cuerpo de ningún modo'. Con estas palabras, el mensajero y su pez se zambulleron y desaparecieron en las profundidades. Me miré a mí mismo, y descubrí que todo mi cuerpo estaba cubierto de escamas que relucían como oro, y vi que tenía aletas; descubrí que, en efecto, me había transformado en una Carpa Dorada. Entonces supe que podía nadar donde quisiera.

"Después me pareció que me alejaba nadando, y que visitaba muchos sitios hermosos. [Aquí, en el relato original, se introducen algunos versos que describen las Ocho Famosas Atracciones del Lago de Omi,'Omi-Hakkei'.] A veces, me resultaba suficiente mirar la luz del sol danzando sobre el agua azul, o admirar el hermoso reflejo de las colinas y los árboles sobre las calmadas superficies resguardadas del viento… Recuerdo especialmente la costa de una isla, fuera Okitsushima o Chikubushima, reflejada en el agua como un muro rojo… A veces me acercaba tanto a la costa que podía ver los rostros y oír las voces de la gente que pasaba; a veces me dormía en el agua hasta cuando me sorprendía el rumor de unos remos que se acercaban. Por la noche había hermosas escenas con la luna llena; sin embargo más de una vez me asustaron las cercanas antorchas de los botes pesqueros de Katasé. Cuando el tiempo era malo, bajaba muy a lo profundo, incluso hasta mil pies, y jugaba en el fondo del lago.

"Pero después de dos o tres días de este placentero vagabundeo, empecé a sentir mucha hambre, y regresé hacia estos lados con la esperanza de encontrar algo de comer. Justo en ese momento el pescador Bunshi se encontraba pescando, y me acerqué al anzuelo que éste había arrojado al agua. Había en la punta una especie de comida de pescado que olía muy bien. Recordé en ese momento la advertencia del Rey-Dragón y nadé lejos, diciéndome: 'Por ninguna circunstancia debo comer nada que contenga pescado; soy un dicípulo del Buda'. Pero poco después el hambre se me volvió tan intensa que no pude resistir la tentación; y nadé de regreso hacia el anzuelo, pensando: 'Aun si Bunshi me atrapara, no me haría daño; es un viejo amigo mío'. No pude arrancar la carnada del anzuelo, y ese agradable aroma fue demasiado para mi paciencia; y me tragué todo de un golpe.

Inmediatamente después de hacerlo, Bunshi tiró del sedal y me atrapó. Le grité: '¿Qué haces? ¡Me haces daño!', pero él no parecía oírme, y rápidamente me pasó una cuerda por las mandíbulas. Después me arrojó a su cesta y me llevó a la casa de ustedes.

Cuando abrieron la cesta allí, te vi a ti y a Juro jugando al go en la habitación que da al sur, y a Kamori observándolos mientras se comía un durazno. De inmediato todos se acercaron al corredor para contemplarme, y estaban admirados de ver un pez tan enorme. Grité tan alto como pude: '¡No soy un pez! ¡Soy Kogi! ¡Kogi el sacerdote! ¡Por favor déjenme volver al templo!'

"Pero todos aplaudieron de satisfacción, y no prestaron atención a mis palabras. Entonces tu cocinero me llevó a la cocina y me arrojó con violencia sobre una tabla, donde descansaba un cuchillo terriblemente afilado. Me aferró con la mano izquierda, y con la derecha tomó el cuchillo, y le grité: '¡Cómo puedes matarme con tal crueldad! ¡Soy un discípulo del Buda! ¡Auxilio! ¡Auxilio!' Pero en ese mismo instante sentí que el cuchillo me partía en dos con un dolor atroz! Y entonces de repente desperté, y me encontré aquí, en el templo".

Cuando el sacerdote terminó su relato, los hermanos se maravillaron y Suké le dijo:

–Ahora recuerdo haberme dado cuenta de que las mandíbulas del pez se movían todo el tiempo mientras lo mirábamos; pero no escuchamos ninguna voz…. Ahora mismo enviaré un sirviente a la casa con órdenes de arrojar los restos de ese pez al lago.

Kogi pronto se recobró de su enfermedad, y vivió para pintar muchos más cuadros. Se cuenta que, mucho después de su muerte, algunos de sus cuadros de peces cayeron de pronto al lago y que las figuras de los peces se desprendieron de la seda o del papel sobre los que había sido pintadas y ¡se alejaron nadando!

Una miscelanea japonesa, 1901

** **

[1] La ciudad de Otsu se levanta a orillas del gran Lago de Omi, comúnmente conocido como Lago Biwa, y el Templo de Miidera está situado en un monte que se alza junto al lago. Miidera fue fundado en el siglo vi, pero ha sido reconstruido varias veces: la estructura actual data de fines del siglo xvii. (N. del A.)


EL ESPÍRITU
DE LA GRAN
CAMPANA

LA CLEPSIDRA marca la hora en el Tachung sz’, en la Torre de la Gran Campana: ahora el mazo se ha levantado para golpear sobre los labios del monstruo de metal –los enormes labios con inscripciones de textos budistas del sagrado Fa-hwa-King, con los capítulos del sacrosanto Ling-Yen-King. ¡Escuchen la respuesta de la gran campana! ¡Qué voz tan maravillosa, aunque no posea lengua! ¡Kon-gai! Todos los pequeños dragones en los altos y salientes aleros de los techos verdes tiemblan hasta la punta de sus doradas colas bajo esa profunda ola de sonido; todas las gárgolas de porcelana tiemblan en sus nichos tallados; todas las cientos de pequeñas campanas de las pagodas tiemblan con el deseo de hablar. ¡Kon-gai!... Todas las tejas verdes y doradas del templo están vibrando; los peces dorados de madera se contorsionan encima hacia el cielo; el dedo levantado de Fo se agita por encima de las cabezas de los fieles a través de una azulada niebla de incienso. ¡Kon-gai! ¡Qué rumor de tormenta era aquel! ¡Todos los duendes laqueados en las cornisas del palacio retuercen sus lenguas color del fuego! Y después de cada fuerte sacudida, qué maravilloso ese eco múltiple y el enorme lamento dorado y, finalmente, el súbito lamento sibilante en los oídos cuando el inmenso tono se desvanece en quebrados susurros de plata, como suspiraría una mujer, “¡Hiai!” De este manera la gran campana ha sonado cada día durante casi quinientos años: Ko-Ngai; primero con repique estupendo, después con inexpresable lamento de oro, finalmente con un murmullo plateado, “¡Hiai!”. Y no existe siquiera un niño en todas las multicolores rutas de la vieja ciudad china que no conozca la historia de la gran campana, que no pueda contar por qué la gran campana dice ¡Ko-Ngai y Hiai!

Entonces esta es la historia de la gran campana del Tachung sz’, tal como se relata en el Pe-Hiao- Tou-Choue, escrito por el sabio Yu-PaoTchen, de la ciudad de Kwang-tchau-fu.

Hace aproximadamente quinientos años, el Celestial Augusto, el Hijo del Cielo, Yong-Lo, de la dinastía “Ilustre” o Ming, le ordenó al brillante funcionario Kouan-Yu que debía construir una campana de tal tamaño que su sonido debería escucharse a unos cien li[1] de distancia. Exigió además

que la voz de la campana fuera fortalecida con bronce, oscurecida con oro y suavizada con plata; y que su rostro y sus grandes labios fueran grabados con bendiciones de los libros sagrados, y que debería quedar suspendida en el centro de la capital imperial para que sonara a lo largo de todos los caminos coloridos de la ciudad de Pe-King[2].

Entonces el notable mandarín Kouan-Yu reunió a los maestros moldeadores y los más renombrados forjadores de campanas del imperio, y a todos los hombres con la mejor reputación y destreza en el oficio de la fundición; y calcularon los materiales para la aleación, los trataron con destreza y prepararon los moldes, los hornos, los instrumentos y el monstruoso crisol donde fundir el metal. Trabajaron sin descanso, como gigantes a quienes no les importara el descanso, ni el sueño, ni de las comodidades de la vida; empeñados tanto de noche como de día para obedecer a Kouan-Yu y esforzándose en cada cosa para hacer lo mejor para el Hijo del Cielo.

Pero después de que el metal se vació y se separaron los moldes de barro de las incandescentes piezas fundidas, se descubrió que, a pesar del gran esfuerzo y de los incesantes cuidados, el resultado no valió la pena; pues los metales se habían rebelado los unos contra los otros: el oro había despreciado aliarse con el bronce, la plata no se mezclaba con el hierro fundido. Entonces los moldes tuvieron que prepararse de nuevo, y encenderse una vez más los hornos, y volverse a mezclar los metales y repetir todo el trabajo de manera tediosa y fatigante. El Dios de los Cielos se enteró y se enfureció, pero no dijo nada.

La campana quedó lista por segunda vez y el resultado fue aún peor. Los metales rechazaban con obstinación mezclarse uno con el otro y no había uniformidad en la campana, sus costados estaban resquebrajados y fisurados y los labios escoriados y partidos en dos; de modo que el trabajo debió repetirse incluso una tercera vez para gran decepción de Kouan-Yu. Y cuando el Dios del Cielo escuchó todo esto, se mostró aún más enojado que antes y envió a su mensajero con una carta para Kouan-Yu, escrita sobre seda de color limón y lacrada con el sello del Dragón, donde estaban las siguientes palabras:

“De parte del Poderoso Yong-Lo, el Sublime Tait-Sung, el Celestial y Augusto, cuyo reino es llamado ‘Ming’, para Kouan-Yu, el Fuh-yin: En dos

oportunidades has traicionado la confianza que nos hemos dignado a depositar amablemente en ti; si fallas una tercera vez en cumplir con nuestro mandato, tu cabeza será separada de tu cuello. ¡Tiembla y obedece!”.

Resulta que Kouan-Yu tenía una hija de un atractivo deslumbrante, cuyo nombre –Ko-Ngai– estaba siempre en boca de los poetas y cuyo corazón era aún más hermoso que su rostro. Ko-Ngai amaba a su padre con tanta devoción que había rechazado a un centenar de propicios pretendientes para no dejar el hogar en desolación con su ausencia; y cuando leyó la terrible misiva amarilla, lacrada con el Sello del Dragón, perdió el conocimiento ante el temor por la suerte de su padre. Cuando recuperó la conciencia y las fuerzas, no pudo descansar ni dormir pensando en el peligro que enfrentaba su padre, hasta que vendió en secreto algunas de sus joyas y con el dinero así obtenido se dirigió veloz donde un astrólogo y le pagó una gran suma para que la aconsejara de qué manera se podría salvar su padre del peligro que pendía sobre él. Entonces el astrólogo observó los cielos, y señaló el aspecto del Arroyo Plateado (al que nosotros llamamos la Vía Láctea), y examinó los signos del Zodíaco –el Hwang-Tao o Camino Amarillo– y consultó la tabla de los Cinco Hin, o Principios del Universo, y los libros místicos de los alquimistas. Después de un largo silencio, le dio una respuesta diciendo: “El oro y el bronce nunca contraerán matrimonio,la plata y el hierro nunca se abrazarán, hasta que la carne de una doncella no se mezcle en el crisol, hasta que la sangre de una virgen no se mezcle con los metales en su fusión”. KoNgai regresó a casa con dolor en el corazón; pero mantuvo en secreto todo lo que había escuchado y no le contó a nadie lo que había hecho.

Finalmente llegó el día terrible cuando había que llevar a cabo el tercer y último intento de fundir la gran campana, y Ko-Ngai, junto a su dama de honor, acompañó a su padre hasta la fundición y tomaron su lugar en lo alto de una plataforma para observar el trabajo con los moldes y la lava del licuado metal. Todos los obreros realizaban su trabajo en silencio, el único sonido que se escuchaba era el rumor de los hornos. Y el rumor se transformó en un profundo rugido como el rumor de los tifones cuando se acercan, y el lago rojo sangre del metal brilló lentamente como el bermellón de un amanecer, y este bermellón se transmutó en un radiante brillo como de oro, y el oro emblanqueció hasta la ceguera, como el rostro plateado de

una luna llena. Entonces los obreros dejaron de alimentar la hambrienta llama y todos fijaron los ojos en los ojos de Kouan-Yu, quien se preparó para dar la señal de empezar a fundir.

Pero cuando levantó el dedo, un grito le hizo girar la cabeza y todos oyeron la voz de Ko-Ngai que sonaba tan dulce como la canción de un pájaro por encima del estruendo de los hornos tronar de los fuegos: "¡Por ti! ¡Oh, padre mío!". Y mientras gritaba estas palabras, se lanzó al torrente blanco de metal, y la lava del crisol rugió para recibirla, esparciendo monstruosas chispas de fuego hasta el techo, y explotó por encima del borde del cráter de tierra y arrojó un torbellino de llamas de diferentes colores, y se hundió temblando, con relámpagos y truenos y retumbos.

Entonces el padre de Ko-Ngai, enloquecido por el dolor, se habría lanzado detrás de ella si aquellos hombres fuertes no lo agarran y sostienen con firmeza hasta que se desmayara y pudieran cargarlo hacia su casa como un muerto. Y la doncella de Ko-Ngai, aturdida y muda por el dolor, se mantuvo frente al horno, sosteniendo aún entre sus manos un zapato, un diminuto y delicado zapato, con un bordado de perlas y flores: el zapato que había sido de su hermosa ama. Pues había intentado atrapar a Ko-Ngai por el pie al momento de saltar, pero sólo había podido atrapar el zapato, y el delicado zapato se zafó en su mano.Y permaneció mirándolo como alguien que se ha vuelto loco.

A pesar de todas estas cosas, la orden del Celestial y Augusto debía ser obedecida y la tarea de los fundidores debía terminarse, por más inútil que pudiera ser el resultado. Sin embargo, el brillo del metal parecía más puro y más blanco que antes; y no había señales del bello cuerpo que había sido enterrado allí. Entonces se realizó la dura fundición y ¡Oh!, cuando el metal se enfrió, se descubrió que la campana era hermosa de contemplar y con una forma perfecta, y con un maravilloso color superior al de todas las otras campanas. Tampoco se hallaron rastros del cuerpo de Ko-Ngai, pues había sido totalmente absorbido por la preciosa aleación y disuelto en la perfecta combinación del bronce con el oro, en el entremezclado de la plata con el hierro. Y cuando tocaron la campana, encontraron que sus tonos eran más profundos, melodiosos y potentes que los de cualquier otra campana, superando incluso la distancia de los cien li, como el repique de un trueno veraniego. E incluso también como una inmensa voz pronunciando un nombre, un nombre de mujer, el nombre de Ko-Ngai.

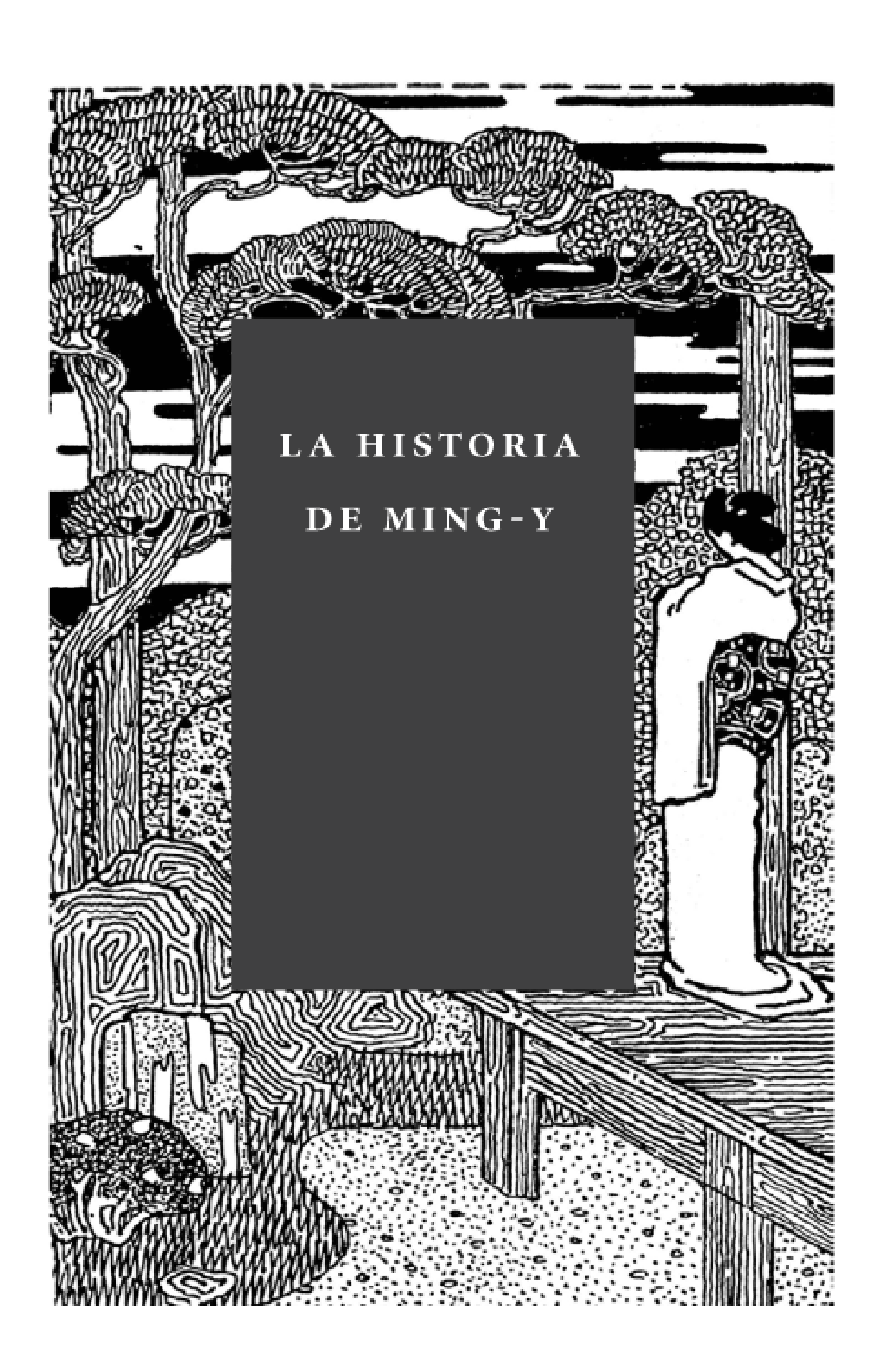
Y aun hoy, entre cada poderoso repique se oye un largo lamento casi imperceptible y ese lamento siempre termina con el sonido de un sollozo y una queja, como si una mujer que llora murmurara: “¡Hiai!”. Y aun hoy, cuando la gente escucha ese gran lamento dorado guarda silencio; pero cuando el agudo y dulce estremecimiento invade el aire, con el lamento de “¡Hiai!”, entonces todas las madres de la China en todos los coloridos callejones de Pe-King les susurran a sus pequeños: “¡Escuchen! ¡Esa es Ko-Ngai llorando por su zapato! ¡Es Ko-Ngai llorando por su zapato!.”

Algunos fantasmas chinos, 1887

** **

[1] Un *li* mide aproximadamente medio kilómetro. (N. del T.)

[2] Pekín.


LA HISTORIA
DE MING-Y

Las antiguas palabras de Kouei maestro de músicos en la corte del emperador Yao: cuando haces resonar la piedra melodiosa, la Ming-Khieou; cuando tañes la lira a la que se llama Kin, o la guitarra a la que se nombra como Ssé; Acompañando su sonido con el canto; entonces el abuelo y el padre regresan; entonces los espíritus de los ancestros se acercan a escuchar. Cantó el poeta Tching-Kou: "Con seguridad las flores del durazno brotan sobre la tumba de Sië-Thao".

¿Me preguntan quién fue ella, la hermosa Sië-Thao? Por mil años y aún más, los árboles han estado murmurando sobre su lecho de piedra. Y las sílabas de su nombre llegan hasta el oyente con el frotar de las hojas, con el temblor de las ramas de muchos dedos, con el aleteo de las luces y las sombras, con el aliento, dulce como la presencia de una mujer, de innumerables flores silvestres: Sië-Thao. Pero, con excepción del susurro de su nombre, lo que dicen los árboles no puede comprenderse y sólo ellos recuerdan los tiempos de Sië-Thao. Algo sobre ella, sin embargo, puede uno saber por alguno de esos Kiang-kou jin, aquellos famosos narradores chinos, que cada noche cuentan a las atentas muchedumbres, por unos pocos tsien, las leyendas del pasado. Algo referente a ella puede encontrarse también en el libro titulado "Kin-Kou-Ki-Koan", que significa en nuestra lengua "Los maravillosos sucesos de los tiempos antiguos y recientes". Y quizás de todas las cosas allí escritas la más maravillosa sea este recuerdo de Sië-Thao:

Hace quinientos años, en el reino del emperador Houng-Wou, cuya dinastía era la Ming, vivía en la ciudad de Genii, la capital de Kwang-tchau-fu, un hombre célebre por sus conocimientos y su piedad, llamado Tien-Pelou. Este Tien-Pelou tenía un hijo, un hermoso muchacho, quien por su educación, por la gracia de su cuerpo y educados modales no tenía quien lo superara entre los jóvenes de su edad. Y su nombre era Ming-Y.

Entonces, cuando el muchacho llegó a su verano número dieciocho, sucedió que Pelou, su padre, fue nombrado Inspector de Instrucción Pública en la ciudad de Tching-tou y Ming-Y fue allá con sus padres. Cerca de la

ciudad de Tching-Tou vivía un hombre rico de rango, alto comisionado del gobierno, cuyo nombre era Tchang y que deseaba encontrar un buen maestro para sus hijos. Al enterarse de la llegada del nuevo Inspector de Instrucción Pública, el noble Tchang lo visitó para pedir consejo en este asunto, y cuando conoció y conversó con el capacitado hijo de Pelou, de inmediato contrató a Ming-Y como preceptor privado de su familia.

Dado que la casa de este Señor Tchang se encontraba a varias millas de la ciudad, se consideró que lo mejor era que Ming-Y se instalara en la casa de su empleador. En consecuencia, el joven preparó todas las cosas necesarias para su nueva residencia, y sus padres, mientras lo despedían, lo aconsejaron sabiamente y citaron las palabras de Lao-tsé y de los antiguos sabios.

"Con un rostro hermoso el mundo se llena de amor; pero el Cielo nunca deja que eso lo engañe. Si encuentras que una mujer se acerca del Este, mira entonces hacia el Oeste; si descubres que una doncella se acerca desde el Oeste, gira tus ojos hacia el Este."

Si Ming-Y no siguió este consejo en los días siguientes, fue sólo a causa de su juventud y la insensatez de un corazón naturalmente jovial.

Y partió para instalarse en la casa del Señor Tchang, donde pasó el otoño y también el invierno.

Cuando se acercaba el tiempo de la segunda luna de primavera y ese día festivo al que los chinos llaman Hoa-Tchao, o "El cumpleaños de la Cien Flores", Ming-Y sintió nostalgia de ver a sus padres y abrió su corazón al buen Tchang, quien no sólo le otorgó el permiso deseado sino que puso en su mano un regalo dos onzas de plata, pensando que al muchacho le gustaría llevarle un pequeño regalo a su padre y a su madre. Pues es costumbre china, durante la fiesta de Hoa-Tchao, hacer regalos a amigos y parientes.

Aquel día todo el aire avanzaba bajo el letargo del perfume de las flores y vibrando por el zumbido de las abejas. A Ming-Y le pareció que el camino que había tomado no había sido recorrido por nadie durante muchos años; el pasto estaba muy crecido, enormes árboles entrelazaban sus fabulosas ramas cubiertas de musgo sobre su cabeza, ensombreciendo el camino, pero las frondosas oscuridades se estremecían con el canto de los pájaros y las

profundas escenas del bosque aparecían magnificadas por vapores de oro y perfumadas con el aroma de las flores como un templo con el incienso. La embriagadora alegría del día penetró en el corazón de Ming-Y, y se sentó bajo los brotes jóvenes, bajo las ramas que se balanceaban contra el cielo violeta, para beber el perfume y la luz y para disfrutar del dulce y profundo silencio. Mientras reposaba de esta manera, un sonido lo hizo desviar la mirada hacia un lugar en sombra donde florecían duraznos silvestres y allí divisó a una mujer joven, tan hermosa como aquellos retoños rosados, tratando de esconderse entre ellos.

Aunque volteó a mirar sólo por un momento, Ming-Y no pudo evitar percibir el encanto de su rostro, la dorada pureza de su figura y el resplandor de sus grandes ojos, que brillaban bajo un par de cejas tan delicadamente curvadas como las alas abiertas de una mariposa del gusano de seda. Ming-Y desvió la mirada de inmediato y, poniéndose de pie rápido, siguió su camino. Pero se sentía tan desconcertado con la imagen de esos encantadores ojos observándolo a través de las ramas, que perdió el dinero que llevaba en el bolsillo, sin que se diera cuenta. Unos pocos momentos más tarde sintió el ruido de unos ligeros pies detrás de él y la voz de una mujer que lo llamaba por el nombre. Volteando la cara con gran sorpresa, vio a una linda doncella que le dijo: "Señor, mi ama me ordenó que recogiera y le devolviera estas monedas de plata que se le cayeron en el camino". Ming-Y agradeció a la muchacha con amabilidad y le pidió que le transmitiera sus saludos a su ama. Entonces siguió con su camino por entre el perfumado silencio, a través de las sombras que dormían a lo largo del olvidado sendero, soñando también él y sintiendo que su corazón palpitaba con una extraña rapidez al pensar en la bella criatura que había visto.

Fue entonces otro día que Ming-Y, mientras regresaba por el mismo sendero, se detuvo una vez más en el sitio donde la bella figura había aparecido momentáneamente ante él. Pero en esta oportunidad se sorprendió al percibir, a través de la larga extensión de enormes árboles, una vivienda que antes había escapado a su registro: una casa de campo, no muy grande, pero elegante hasta un grado inusual. Las brillantes tejas azules de su doble tejado curvo y dentado, elevándose por encima del follaje, parecían mezclar sus colores con el luminoso celeste del día; los diseños verdes y dorados de sus pórticos tallados eran artísticos relieves de hojas y flores bañados por la luz del sol. Y en lo alto de los escalones de la

terraza al frente, protegida por enormes tortugas de porcelana, Ming-Y vio a la dueña de la casa –el ídolo de su apasionado espejismo– acompañada por la misma doncella a quien había encargado su mensaje de gratitud. Mientras la contemplaba, Ming-Y percibió que las dos lo observaban atentas; sonreían como si hablaran de él, y, a pesar de ser tímido, el joven encontró el coraje para saludar a la más bella desde la distancia. Para su asombro, la joven doncella le indicó con una señal que se acercara y abriendo una verja rústica medio cubierta por plantas trepadoras de flores color carmín, Ming-Y avanzó por el sendero verde que llevaba a la terraza, con sentimientos mezclados de sorpresa y tímida alegría. Cuando estuvo más cerca, la hermosa dama desapareció de su vista, pero la doncella lo esperó en los amplios escalones para recibirlo y le dijo mientras subía:

–Señor, mi ama entiende que usted desea darle las gracias por el insignificante servicio que recientemente ella le ofreció a través mío, y pide que entre en la casa, pues ya lo conoce por su reputación y desea tener el placer de ofrecerle los buenos días.

Ming-Y entró tímidamente, sus pies no hacían el menor ruido sobre una alfombra tan elásticamente suave como el musgo del bosque, y se encontró en una sala de recepción amplia, fresca y aromatizada con la esencia de retoños recién cortados. Una deliciosa quietud invadía la casa: sombras de pájaros volando pasaban por sobre las bandas de luz que caían por entre las persianas de bambú; enormes mariposas, con élitros de furiosos colores, se abrían paso adentro, para revolotear por un instante sobre los jarrones pintados, y volvían a internarse en el misterioso bosque. Y tan silenciosa como ellas, la joven señora de la casa entró por otra puerta y saludó amablemente al muchacho, quien elevó las manos hasta el pecho y se inclinó para saludarla. Era más alta de lo que le había parecido, flexible y esbelta como una hermosa azucena; su cabello negro estaba entrelazado con flores crema del chu-sha-kik[1], sus ropas de seda pálida adquirían tonos cambiantes cuando se movía, así como los vapores se transforman con el cambio de la luz.

–Si no me equivoco –dijo ella, cuando los dos se sentaron después de intercambiar las acostumbradas formalidades de cortesía –mi honorable visitante no es otro que Tien-Chou, llamado Ming-Y, maestro de los hijos de mi respetable pariente, el Alto Comisionado Tchang. Como la familia del

Señor Tchang es también mi familia, no puedo sino considerar al maestro de sus hijos como alguien de mi propia estirpe.

–Señora –respondió Ming-Y, no un poco asombrado–, ¿puedo atreverme a preguntar el nombre de su honorable familia y conocer la relación que mantiene con mi noble patrón?

–El nombre de mi pobre familia –respondió la gentil dama– es Ping, una antigua familia de la ciudad de Tching-tou. Soy la hija de un cierto Sië de Moun-hao; Sië es también mi nombre, y me casé con un joven de la familia Ping, cuyo nombre era Khang. Por razón de este matrimonio terminé relacionada con su excelente patrón. Pero mi marido murió poco después de nuestra boda y he elegido este lugar solitario para residir durante el período de mi viudez.

Había en su voz una música que hipnotizaba, como la melodía de los arroyos y los murmullos de un manantial, y un encanto tan extraño en su manera de hablar que Ming-Y no había escuchado antes. Sin embargo, al enterarse de que era viuda, el joven no se atrevió a permanecer mucho tiempo en su presencia sin una invitación formal; y después de beber la taza de exquisito té que sirvieron, se levantó para partir. Sië no aceptó que se fuera tan rápido.

–De ninguna manera, amigo –dijo ella– quédate un rato más en mi casa, te lo ruego; pues si tu honorable patrón se entera de que estuviste aquí y que no te traté como un huésped respetable y que no te atendí como lo hubiera hecho con él, sé que se molestaría mucho. Quédate al menos hasta la comida.

Así que Ming-Y se quedó, alegrándose secretamente en su corazón, pues Sië le parecía el ser más bello y dulce que hubiera conocido nunca y sentía que la amaba aun más que a su padre y a su madre. Y mientras conversaban las largas sombras de la tarde se diluyeron lentamente en una oscuridad violeta; la enorme luz amarillenta del atardecer se desvaneció y esos seres estelares llamados los Tres Concejales, que presiden sobre la vida, la muerte y los destinos de los hombres, abrieron sus relucientes ojos fríos en el cielo del norte.

Al interior de la mansión de Sië se encendieron los faroles pintados, la mesa estaba servida para la comida de la tarde y Ming-Y ocupó su lugar,

sintiendo pocos deseos de comer y pensando sólo en el encantador rostro que tenía ante él. Al observar que escasamente había probado las delicias puestas en su plato, Sië presionó a su joven huésped a que compartiera un poco de vino y bebieron juntos varias copas. Era un vino púrpura, tan helado que la copa en que estaba servido quedó cubierta de vaho, aunque parecía encender las venas con un extraño fuego. Para Ming-Y, mientras bebía, todas las cosas se volvieron más luminosas como por encanto; las paredes del cuarto parecían alejarse y el techo elevarse; las lámparas brillaban como estrellas en sus constelaciones y la voz de Sië flotaba hacia los oídos del muchacho como una lejana melodía escuchada a través de los espacios de una noche somnolienta. Su corazón se hinchó, se le empastó la lengua y de sus labios fluían palabras que nunca imaginó se atrevería a pronunciar. Aunque Sië no intentaba refrenarlo, sus labios no devolvían ninguna sonrisa, pero sus ojos grandes y brillantes parecían reír de placer ante sus palabras de alabanza y devolver la mirada de apasionada admiración de Ming-Y con afectuoso interés.

–He escuchado –dijo ella– sobre tu raro talento y de tus muchas elegantes virtudes. Sé cantar un poco, aunque no puedo afirmar que posea ninguna formación musical. Y ahora que tengo el honor de encontrarme en compañía de un profesor de música, me animaré a dejar la modestia a un lado y te rogaré que cantes unas pocas canciones conmigo. La consideraré como una gratificación nada pequeña si aceptas evaluar mis composiciones musicales.

–El honor y la gratificación, querida señora –respondió Ming-Y–, serán míos y me siento incapaz de expresar la gratitud que merece un favor tan particular.

La doncella, obedediente a los llamados de un pequeño gong de plata, trajo la música y se retiró. Ming-Y tomó las partituras y comenzó a analizarlos con impaciente deleite. El papel en el que estaban escritas tenía un pálido tinte amarillo y era liviano como una tela de araña, pero los caracteres poseían una hermosa antiguedad como si hubieran sido trazados por el pincel del mismo Hei-song ChéTchoo –aquel divino genio de la tinta, que no es más grande que una mosca– y las rúbricas agregadas a las composiciones eran las de Youen-tchin, Kao-pien y Thou-mou, ¡maravillosos poetas y músicos de la dinastía Tang! Ming-Y no pudo reprimir una exclamación de placer al contemplar unos tesoros tan

inestimables y únicos; apenas pudo reunir la suficiente resolución como para permitir que abandonaran sus manos incluso por un momento.

–¡Oh, señora! –exclamó–, estos son objetos verdaderamente inapreciables, que superan en valor los tesoros de todos los reyes. Esta es en efecto la letra manuscrita de esos grandes maestros que cantaron quinientos años antes de nuestro nacimiento. ¡Qué bien han sido preservados! ¿No es esta la fabulosa tinta de la que escribió: Po-nien-jou-chi, i-tien jou-ki ("Después de siglos sigo firme como una roca, y las letras que escribo son como laca")? ¡Y qué precioso es el encanto de esta composición! La canción de Kao-pien, príncipe de poetas y Gobernador de Sze-tchouen ¡hace quinientos años!

–¡Kao-píen! ¡Mi querido Kao-pien! –murmuró Siё con un singular brillo en los ojos–. Kao-pien es también mi favorito. Estimado Ming-Y, cantemos juntos sus versos, la melodía de esos viejos tiempos, la música de esos maravillosos años cuando los hombres eran más nobles y más sabios que hoy.

Y sus voces se alzaron a través de la noche perfumada como el canto de los pájaros fantásticos –de los Fung-hoang– mezclándose juntas en una líquida dulzura. Pasó un momento y Ming-Y, vencido por el hechizo de la voz de su compañera, sólo podía escuchar en mudo éxtasis, mientras las luces de la habitación se iban desvaneciendo ante su vista y lágrimas de placer recorrían sus mejillas.

Así pasó la hora novena y siguieron conversando, bebiendo el frío vino púrpura y cantando las canciones del período Tang hasta muy pasada la noche. Más de una vez Ming-Y pensó en su partida, pero cada vez que Siё iniciaba, con esa dulce voz suya, alguna fascinante historia sobre los grandes poetas del pasado y sobre las mujeres a las que habían amado, quedaba como alguien en trance; o ella le cantaba una canción tan extraña que todos sus sentidos parecían morir con excepción del oído.Y finalmente, cuando ella se detuvo para ofrecerle una copa de vino, Ming-Y no pudo resistir pasarle el brazo por el cuello y acercar su delicado rostro hacia él y besar esos labios que resultaron mucho más rojos y dulces que el vino. Entonces los labios de los dos ya no se separaron más y la noche avanzó y ninguno de los dos se dio cuenta.

Los pájaros se despertaron, las flores abrieron los ojos hacia el sol naciente y Ming-Y se encontró finalmente obligado a despedirse de su encantadora hechicera. Sië, acompañándolo a la terraza, lo besó con ternura y le dijo:

–Querido muchacho, ven aquí tan pronto como puedas; tan pronto como tu corazón te susurre que vengas. Sé que no eres uno de esos sin fe ni sinceridad, que traicionan los secretos; sinembargo, al ser tan joven, podrías ser tambiém irreflexivo algunas veces y te ruego que nunca olvides que sólo las estrellas han sido testigos de nuestro amor. Mi querido, no hables de esto con ninguna persona viva y lleva contigo este pequeño recuerdo de nuestra feliz noche.

Y le regaló un pequeño objeto, exquisito y curioso: un pisapapeles parecido a un león durmiente, tallado en jade amarillo como aquel creado por un arco iris en honor a Kong-fu-tze. El muchacho besó el regalo y la hermosa mano que se lo había entregado.

–Que los espíritus me castiguen –dijo con una reverencia–, si alguna vez te doy de manera conciente un motivo para que me reproches, ¡amada mía!

Y se separaron con mutuas promesas.

Esa mañana, al regresar a la casa del Señor Tchang, Ming-Y contó la primera mentira que atravesó alguna vez sus labios. Alegó que su madre le había pedido que de ahí en adelante pasara las noches en su casa, ahora que el tiempo se había vuelto tan agradable, pues, aunque el camino era algo largo, él era un joven fuerte y activo y necesitaba tanto el aire fresco como el ejercicio saludable. Tchang creyó todo lo que le dijo Ming-Y y no puso ninguna objeción. Por lo tanto, el joven consiguió pasar todas sus noches en casa de la hermosa Sië. Cada noche se entregaban a los mismos placeres que habían hecho su primera cita tan encantadora, cantaban y conversaban por turnos, jugaban al ajedrez –el conocido juego inventado por Wu-Wang, que es una imitación de la guerra–; componían piezas de ocho rimas sobre las flores, los árboles, las nubes, los arroyos, los pájaros, las abejas. Pero en todos los resultados, Sië superaba a su joven enamorado. Cuando jugaban al ajedrez, era siempre el general de Ming-Y, el tsiang de Ming-Y el que resultaba rodeado y derrotado; cuando componían versos, los poemas de Sië eran siempre superiores a los suyos en la armonía retórica de las palabras, en la elegancia de la forma, en la clásica elevación de su pensamiento. Y los

temas que elegían eran siempre los más difíciles –aquellos de los poetas de la dinastía Tang–; las canciones que cantaban eran también temas de quinientos años atrás: las canciones de Youen-tchin, de Thou-mou, sobre todo de Kao-pien, gran poeta y gobernador de la provincia de Sze-Tchouen.

Entonces el verano se diluyó y palideció ante su amor y llegó el luminoso otoño, con sus vapores de oro fantasmal, con sus sombras de mágico púrpura.

Entonces ocurrió inesperadamente que el padre de Ming-Y, al encontrarse con el empleador de su hijo en Tching-tou, escuchó esta pregunta:

–¿Por qué su hijo tiene que seguir viajando cada noche a la ciudad, ahora que se acerca el invierno? El camino es largo y cuando regresa por la mañana se ve acabado por el cansancio. ¿Por qué no permiten que duerma en mi casa durante la estación de nieve?

Entonces el padre de Ming-Y, tremendamente sorprendido, respondió:

–Señor, mi hijo no ha visitado la ciudad, ni ha estado en nuestra casa durante todo este verano. Temo que haya adquirido malos hábitos y que esté pasando las noches en mala compañía; quizás jugando o bebiendo con las mujeres de los barcos de flores.

Pero el Alto Comisionado repuso:

–¡Para nada! No debemos pensar eso. Jamás he descubierto nada malo en el muchacho y no existen tabernas, ni barcos de flores ni ningún lugar de disipación en nuestro vecindario. Sin duda Ming-Y encontró alguna amable joven de su edad con quien pasar las noches y sólo me dijo una mentira por temor a que no le permitiera salir de mi casa. Le ruego que no le diga nada hasta que haya conseguido resolver este misterio. Y esta misma noche enviaré a mi sirviente para que lo siga y vea hacia dónde va.

Pelou aceptó de inmediato esta propuesta y, prometiendo visitar a Tchang a la mañana siguiente, regresó a su casa. Al atardecer, cuando Ming-Y abandonó la casa de Tchang, un sirviente lo siguió escondido a la distancia. Pero al llegar a la parte más oscura del camino, el muchacho desapareció de su vista tan de repente como si la tierra se lo hubiera tragado. Luego de buscarlo en vano durante un rato largo, el criado regresó a la casa con gran perplejidad y relató lo que había ocurrido. Tchang envió de inmediato un mensajero donde Pelou.

Mientras tanto, Ming-Y, cuando entró en la cámara de su amada, quedó sorprendido y profundamente dolido al encontrarla llorando.

–Amor mío –suspiró ella, echando los brazos alrededor de su cuello–, estamos a punto de separarnos para siempre, por razones que no puedo decirte. Desde el principio sabía que esto tendría que ocurrir y, sin embargo, ¡por un momento me pareció una pérdida tan cruelmente súbita, una desdicha tan inesperada, que no pude evitar ponerme a llorar! Después de esta noche no nos volveremos a ver nunca más, mi amado, y sé que no podrás olvidarme mientras vivas. Pero también sé que te convertirás en un gran maestro, que los honores y las riquezas lloverán sobre ti y que alguna hermosa y amante mujer te consolará por haberme perdido. Y ahora no hablemos más del dolor, sino que pasemos esta última noche alegremente, para que así el recuerdo que tengas de mí no sea un recuerdo doloroso y que te acuerdes más de mi risa que de mis lágrimas.

Se limpió las brillantes lágrimas y trajo vino y música, además del melodioso kin de siete cuerdas de seda y no permitió que Ming-Y hablara ni por un solo momento de la próxima separación. Entonces le cantó una antigua canción sobre los lagos del verano que reflejan sólo el azul del firmamento, y también de la calma del corazón, antes de que las nubes de la preocupación, del dolor y el cansancio oscurecieran su pequeño mundo. Pronto los dos olvidaron su pesar entre las alegrías del canto y del vino y esas últimas horas les parecieron a Ming-Y mucho más celestiales que las de su primera felicidad.

Pero cuando llegó la amarilla belleza de la mañana su tristeza retornó y lloraron. Una vez más Siё acompañó a su amante hasta los escalones de la terraza y lo besó como despedida. Le apretó en la mano un regalo de adiós: un pequeño estuche de ágata para pincel, maravillosamente cincelado y digno de la mesa de un gran poeta.Y se separaron para siempre, derramando muchas lágrimas.

Ming-Y aún no podía creer que se trataba de una despedida eterna: “¡No!”, pensó, “la visitaré mañana, pues no puedo vivir sin ella y estoy seguro de que ella no podrá rechazarme”. Tales eran los pensamientos que llenaban su mente cuando se dirigía hacia la casa de Tchang, encontrando a su padre y a su patrón esperándolo en el porche. Cuando pudo pronunciar palabra, Pelou preguntó:

–Hijo, ¿en qué lugar has estado pasando las noches?

Al ver que su mentira había sido descubierta, Ming-Y no se atrevió a dar ninguna respuesta y permaneció avergonzado y en silencio, con la cabeza gacha, en presencia de su padre. Entonces Pelou, golpeando con fuerza al muchacho con su bastón, le ordenó que revelara el secreto; y finalmente, en parte por temor a su padre y en parte por miedo a la ley que ordena que "el hijo que rehúse obedecer a su padre debe ser castigado con cien azotes de una vara de bambú", Ming-Y relató con voz entrecortada toda la historia de su amor.

Tchang cambió de color ante el relato del muchacho.

–Hijo –exclamó el Alto Comisionado–, no tengo ningún pariente llamado Ping, ni jamás escuché hablar de la mujer que describes, ni siquiera he escuchado nunca de la casa de la que hablas. Pero también sé que no podrías atreverte a mentirle a Pelou, tu honorable padre. Hay un extraño engaño en todo este asunto.

Entonces, Ming-Y mostró los regalos que le había hecho Sië: el león de jade amarillo, el estuche de ágata tallada, también algunas composiciones originales de la misma bella dama. El asombro de Tchang lo compartió entonces Pelou. Ambos observaron que el estuche de ágata y el león de jade tenían la apariencia de objetos que han estado enterrados durante siglos y eran de un virtuosismo que se encontraba más allá del poder de imitación de cualquier ser viviente, mientras que las composiciones demostraron ser verdaderas obras maestras de la poesía, escritas en el estilo de los poetas de la dinastía Tang.

–Amigo Pelou –exclamó el Alto Comisionado–, acompañemos de inmediato al muchacho al lugar donde obtuvo estos milagrosos objetos y demos fe con nuestros sentidos de este misterio. El muchacho sin duda nos está diciendo la verdad, pero su historia sobrepasa mi entendimiento.

Y los tres se dirigieron hacia el lugar de residencia de Sië.

Pero cuando llegaron a la zona más oscura del camino, donde los perfumes eran más dulces y el musgo más verde y los frutos del durazno silvestre brillaban mucho más rosados, Ming-Y, mirando a través de los arbustos, lanzó un grito de consternación. Donde antes se elevaba hacia el cielo el tejado color celeste, aparecía ahora sólo el vacío azul del aire;

donde había estado la fachada verde y dorada, sólo era visible el leve movimiento de las hojas bajo la reluciente luz del otoño; y donde se extendía la amplia terraza, sólo se divisaba una ruina: una tumba tan antigua, tan densamente roída por el musgo que el nombre grabado en ella ya no descifrable. ¡El hogar de Siё había desaparecido!

De repente el Alto Comisionado se golpeó la frente con la mano y, dirigiéndose a Pelou, recitó el conocido verso del antiguo poeta Tching-Kou:

Seguramente las flores de durazno
florecen sobre la tumba de Siё-Thao.

–Amigo Pelou –continuó Tchang–, la belleza que hechizó a su hijo ¡no fue otra que aquella cuya tumba se encuentra en ruinas ante nosotros! ¿No dijo ella que estaba casada con Ping-Khang? No existe una familia con ese nombre, pero Ping-Khang es en efecto el nombre de una amplia avenida en la ciudad cercana. Había un oscuro enigma en todo lo que decía. Se llamaba a sí misma Siё de Moun-Hiao: no existe ninguna persona con ese nombre; no existe ninguna calle con ese nombre; pero los caracteres chinos Moun y Hiao, trazados juntos, componen el caracter Kiao. ¡Escuchen! La avenida Ping-Khang, situada en la calle Kiao, ¡era el lugar donde habitaban las grandes cortesanas de la dinastía Tang! ¿No cantaba ella las canciones de Kao-pien? Y sobre el estuche y el pisapapeles que le dio a su hijo, ¿no se están los caracteres que dicen: “Objeto puro de arte que pertenece a Kao, de la ciudad de Pho-hai”? Esa ciudad ya no existe, pero se mantiene el recuerdo de Kao-pien, pues fue gobernador de la provincia de Sze-tchouen, y un enorme poeta. Y cuando vivió en la tierra de Chou, ¿no fue su favorita la hermosa y graciosa Siё, Siё-Thao, incomparable en gracia entre todas las mujeres de su época? Fue él quien le regaló esos manuscritos de las canciones, fue él quien le dio esos objetos de rara hechura. Siё-Thao no murió como mueren las demás mujeres. Sus miembros pueden haberse desmenuzado en polvo, pero algo suyo sigue vivo en este bosque profundo: su sombra todavía ronda este misterioso lugar.

Tchang dejó de hablar. Un vago temor los invadió a los tres. Las tenues nieblas de la mañana atenuaban las diferencias en el verde y profundizaban la belleza fantasmal de todo el bosque. Pasó una leve brisa, dejando una estela de aroma floral –el aroma final de las flores muertas–, leve como el

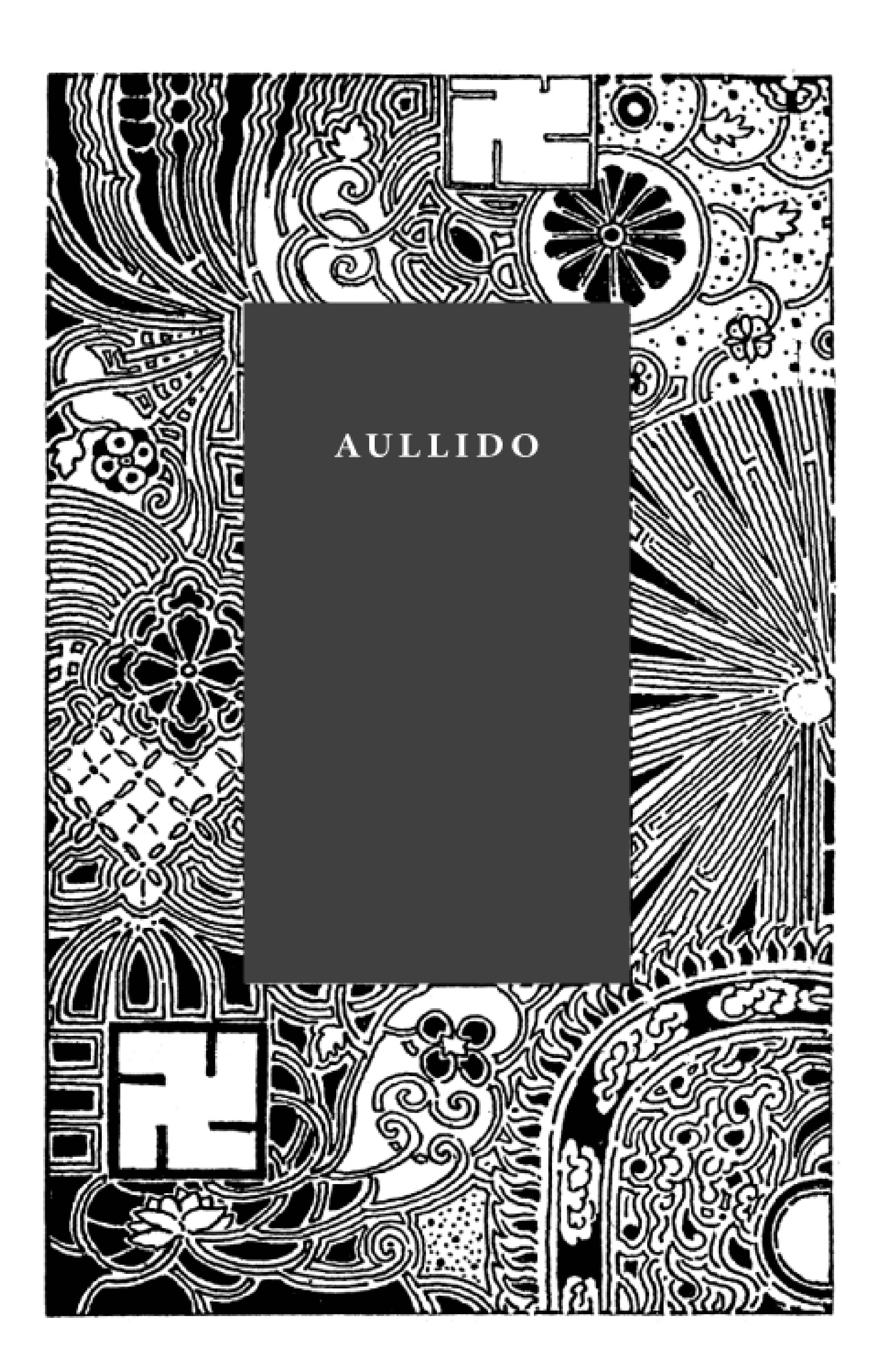
que se adhiere a la seda de un manto olvidado–, y mientras pasaba, los árboles parecieron murmurar entre el silencio: “Siё-Thao”.

Temiendo mucho por su hijo, Pelou lo envió de inmediato a la ciudad de Kwang-tchau-fu. Y allí, después de varios años, Ming-Y obtuvo altos títulos y honores por motivo de sus talentos y su erudición; y se casó con la hija de una casa ilustre, por quien se convirtió en padre de hijos e hijas famosos por sus virtudes y logros. Jamás pudo olvidar a Siё-Thao, y aun se dice que nunca habló de ella, ni siquiera cuando sus hijos le rogaban que les contara la historia de los dos hermosos objetos que siempre estaban sobre su mesa de trabajo: un león de jade amarillo y un estuche de ágata tallada.

Algunos fantasmas chinos, 1887

** **

[1] Naranjo-mandarina (N del T.)


AULLIDO

ES FLACA COMO UN LOBO y muy vieja, la perra blanca que vigila mi puerta por la noche. Jugó con la mayoría de los muchachos y muchachas del vecindario cuando eran niños y niñas. La encontré a cargo de mi actual vivienda el día que vine a ocuparla. Había guardado el sitio, me dijeron, durante una larga sucesión de inquilinos anteriores; aparentemente sin otra razón que la de haber nacido en la leñera de la parte trasera de la casa. Tanto si la trataban bien o mal, había servido sin fallar a todos los ocupantes como guardián. La cuestión de la comida como forma de pago nunca le había preocupado seriamente, puesto que la mayoría de las familias de la calle contribuyen diariamente con su sustento.

Es cariñosa y silenciosa, silenciosa al menos durante el día; y a pesar de su demacrada fealdad, sus orejas afiladas y sus ojos un poco desagradables, todo el mundo le muestra cariño. Los niños montan en su espalda, y la molestan como quieren; pero aunque es famosa por hacer que los hombres extraños se sientan incómodos, nunca le gruñe a un niño. La recompensa de su buena naturaleza paciente es la amistad de la comunidad. Cuando los verdugos de perros llegan en su ronda bianual, los vecinos velan por su suerte. Una vez estuvo a punto de ser sacrificada oficialmente, cuando la esposa del herrero corrió a rescatarla y consiguió el perdón del policía que supervisaba las matanzas.

–Pónganle el nombre de alguien a la perra –dijo éste–: entonces estará a salvo. ¿De quién es esta perra?

La pregunta resultaba difícil de responder. La perra era de todos y de nadie; bienvenida en todas partes pero sin pertenecer a ninguno.

–Pero ¿dónde permanece? –preguntó el guardia, intrigado.

–Permanece –dijo la esposa del herrero– en la casa del extranjero.

–Entonces que se le ponga el nombre del extranjero a la perra –sugirió el policía.

De esta manera quedó mi nombre pintado en su lomo en grandes caracteres japoneses. Pero los vecinos no creían que no estuviera

completamente a salvo con un único nombre. Así que el sacerdote de Kobudera pintó el nombre del templo en su flanco izquierdo, con una hermosa letra china; y el herrero trazó el nombre de su tienda en el flanco derecho; y el vendedor de verduras le pintó en el pecho el ideograma "ochocientos", que representa la abreviatura usual de la palabra *yaoya* (vendedor de verduras), pues se supone que cualquier yaoya vende ochocientas o más cosas distintas. En consecuencia, ahora es una perra muy curiosa de ver; pero está bien protegida por toda esa caligrafía.

Encuentro sólo una falta en ella: aúlla por las noches. Aullar es uno de los pocos placeres patéticos de su existencia. Al principio intenté quitarle ese hábito; pero al darme cuenta de que se negaba a tomarme en serio, decidí dejarla aullar. Habría sido monstruoso pegarle.

Sin embargo detesto su aullido. Siempre me transmite un sentimiento de vaga inquietud, como el desasosiego que precede al horror de una pesadilla. Me asusta; me asusta de una manera idefinida, supersticiosa. Tal vez lo que escribo les parecerá absurdo; pero no lo considerarían absurdo si la escucharan aullar. No aúlla como los perros callejeros comunes. Pertenece a un tipo de raza primitiva del norte, mucho más lobuna, y conserva rasgos salvajes de una clase muy peculiar.

Y su aullido es también peculiar. Es incomparablemente más extraño que el aullido de cualquier perro europeo; y me imagino que es incomparablemente más antiguo. Puede que represente el primitivo grito original de su especie, para nada modificado por siglos de domesticación. Empieza con un gemido ahogado, como el gemido de un mal sueño; se eleva en un largo, largo lamento, como el lamento del viento; se sumerge trémulo en una risa contenida; se eleva de nuevo hacia un lamento, mucho más alto y salvaje que antes; se quiebra de pronto en una especie de risa atroz; y final-mente se extingue en un sollozo que es como el llanto de un niño pequeño. Lo horroroso de la función reside sobre todo –aunque no por completo– en el espectral remedo de los tonos de las risas contrastados con los de la lastimosa agonía de los lamentos: una incongruencia que lo hace pensar a uno en la locura. E imagino una correspondiente incongruencia en el alma de la criatura. Sé que me quiere, que haría a un lado su pobre vida por mí en un instante. Estoy seguro de que se afligiría si yo muriera. Pero ella no pensaría en el asunto como otros perros, como un perro de orejas largas, por ejemplo. Ella se encuentra salvajemente próxima a la Naturaleza

para hacerlo. Si se encontrara sola con mi cadáver en algún lugar desolado, primero lloraría salvajemente por su amigo; pero, una vez cumplido este deber, procedería a calmar su pena de la manera más sencilla: comiéndoselo, triturando sus huesos entre esos largos colmillos suyos de loba. Y luego, con una conciencia inmaculada, se sentaría y lanzaría hacia la luna el grito fúnebre de sus ancestros.

Me llena, ese grito, de una extraña curiosidad no menos que de un extraño horror, debido a ciertas vocalizaciones extraordinarias propias, que siempre se repiten en el mismo orden de secuencia, y deben representar formas particulares del habla animal; ideas particulares. Todo en conjunto es una canción; una canción de emociones y pensamientos no humanos, y por lo tanto humanamente inimaginables. Pero otros perros saben lo que significa, y responden sobre las distancias de noche; a veces desde tan lejos que sólo aguzando el oído al máximo consigo detectar la débil respuesta. Las palabras (si puedo llamarlas palabras) son muy pocas; sin embargo, a juzgar por su efecto emotivo, deben de significar muchísimo. Posiblemente significan cosas millones de años antiguas; cosas relativas a olores, a exhalaciones, a flujos y reflujos inaprensibles para los más apagados sentidos humanos; impulsos también, impulsos sin nombre, moviéndose como espectros de perros a la luz de grandes lunas.

Si pudiéramos conocer las sensaciones de un perro, las emociones y las ideas de un perro, podríamos descubrir tal vez alguna extraña correspondencia entre su carácter y el carácter de esa peculiar inquietud que evoca el aullido de la criatura. Pero ya que los sentidos de un perro son totalmente diferentes a los de un hombre, nunca lo sabremos de verdad. Y sólo podemos conjeturar, de la manera más vaga, sobre el significado del desasosiego en nosotros. Algunas notas en el largo aullido –y las más sobrenaturales de todas– se asemejan extrañamente a esos tonos de la voz humana que comunican agonía y terror. De nuevo, tenemos motivo para creer que el sonido del aullido mismo quedó asociado en la imaginación humana, en un período inmensamente remoto, con impresiones particulares del miedo. Es un hecho notable que en casi todos los países (incluido Japón) el aullido de los perros se haya atribuido a su percepción de cosas invisibles para el hombre, y horribles, especialmente dioses *y* fantasmas; y esta unanimidad de creencia supersticiosa sugiere que un elemento de la inquietud inspirada por el aullido es el terror a lo sobrenatural. Hoy en día

hemos dejado de estar concientemente aterrados por lo invisible, por la conciencia de que nosotros mismos somos sobrenaturales; que incluso el hombre físico, con toda su vida de sensaciones, es más espectral que cualquier espectro de la imaginación pasada: pero alguna oscura herencia del miedo primitivo aún duerme en nuestro ser, y se despierta quizás, como un eco, al sonido de ese lamento en la noche.

Sea lo que sea eso invisible a los ojos humanos que los sentidos de un perro perciben a veces, no puede ser nada que se parezca a nuestra idea de un fantasma. Muy probablemente la misteriosa causa del inicio y el quejido no se nada visible. No existe ninguna razón anatómica para suponer que un perro posea excepcionales poderes de visión. Pero los órganos del olfato de un perro revelan una facultad inmensamente superior al sentido del olfato en el hombre. La vieja creencia universal en las percepciones sobrehumanas de la criatura fue una creencia justificada por los hechos; pero las percepciones no son visuales. Si el aullido de un perro fuera realmente –como una vez se supuso– un alarido de terror espectral, el significado posiblemente sería: "¡Los huelo!"; pero no: "¡Los veo!" No existe ninguna evidencia para respaldar la suposición de que un perro pueda ver formas vitales que un hombre no pueda ver.

Pero el aullido nocturno de la criatura blanca a mi lado me fuerza a preguntarme si talvez ella mentalmente no ve algo en verdad terrible; algo que nosotros en vano nos esforzamos en mantener por fuera de la conciencia moral: la espantosa ley de la vida. Mejor dicho, hay momentos en los que su grito me parece no el simple aullido de un perro, sino la voz de la ley misma; ¡el verdadero lenguaje de esa Naturaleza tan inexplicablemente llamada por los poetas la amorosa, la misericordiosa, la divina! Divina, quizá, de alguna desconocida manera remota; pero ciertamente no misericordiosa, y aún más ciertamente no amorosa. ¡Sólo comiéndose unos a otros existen los seres! Tal vez nuestro mundo le parezca hermoso a los ojos del poeta; con sus amores, sus esperanzas, sus recuerdos, sus aspiraciones; pero no hay nada hermoso en el hecho de que la vida se alimente de un continuo asesinato; de que el afecto más tierno, el entusiasmo más noble, el idealismo más puro, deba nutrirse con la comida de carne y la bebida de sangre. Toda vida, para sustentarse, tiene que devorar otra vida. Ustedes pueden imaginarse divinos, si lo desean, pero tienen que obedecer esta ley. Sean, si gustan, vegetarianos: aún así comerán

formas que tienen sentimiento y deseo. Esterilicen su comida; y la digestión se detiene. No pueden ni siquiera beber sin tragar vida. Así aborrezcamos el nombre,somos caníbales; esencialmente todo ser es Uno; y ya sea que comamos la carne de una planta, de un pez, un reptil, un ave, un mamífero, o de un hombre, el hecho definitivo es el mismo. Y para toda vida el final es el mismo: cada criatura, enterrada o cremada, es devorada; y no sólo una vez o dos veces ¡ni cien, ni mil, ni millones de veces! Piensen en el suelo sobre el que nos movemos, la tierra de la que hemos nacido; ¡piensen en los miles de millones ya desaparecidos que se han levantado de ella y han vuelto a desmoronarse en su estado latente para nutrir lo que volverá nuestro alimento! Perpetuamente comemos el polvo de nuestra raza, la sustancia de nuestros antiguos seres.

Pero incluso la llamada materia inanimada se devora a sí misma. La sustancia devora la sustancia. Así como en una gotita la mónada se traga a la mónada, así en la inmensidad del espacio las esferas se comen entre sí. Las estrellas crean mundos y los devoran; los planetas se nutren de sus propias lunas. Todo es una voracidad que nunca tiene fin, sino que recomienza. Y para quien piense en estos asuntos, la historia de un universo divino, creado y regido por el amor paternal, le resulta menos persuasiva que aquella leyenda polinesia que dice que las almas de los muertos son devoradas por los dioses.

La ley parece monstruosa, porque hemos desarrollado ideas y sentimientos que se oponen a esta Naturaleza demoníaca, tanto como el movimiento voluntario se opone al poder ciego de la gravitación. Pero la posesión de tales ideas y sentimientos agrava aún más la atrocidad de nuestra situación, sin aliviar en lo mínimo el desasosiego del problema final.

En todo caso, la fe del Lejano Oriente afronta el problema mejor que la fe de Occidente. Para los budistas el Cosmos no es divino en absoluto, exactamente lo contrario. Es el Karma; es la creación de pensamientos y actos erróneos; no está gobernado por ninguna providencia; es algo horrendo, una pesadilla. De igual modo es una ilusión. Parece real sólo por la misma razón por la que las formas y las angustias de un mal sueño parecen reales a quien sueña. Nuestra vida sobre la tierra es un estado de sueño. Y sin embargo no dormimos por completo. Hay resplandores en nuestra oscuridad; leves despertares crepusculares del Amor y la Piedad y la

Compasión y la Magnanimidad: que son generosos *y* verdaderos; eternos *y* divinos; éstos son los Cuatro Sentimientos Infinitos en cuyo resplandor se desvanecerán todas las formas e ilusiones, como nieblas bajo la luz del sol. Pero, si no despertamos a estos sentimientos, de hecho seremos soñadores, gimiendo indefensos en la oscuridad, torturados por un oscuro horror. Todos nosotros soñamos; ninguno está completamente despierto; y muchos, que pasan por los sabios del mundo, conocen aún menos sobre la verdad que mi perra que aúlla de noche.

Si pudiera hablar, mi perra, creo que haría preguntas que ningún filósofo tendría la capacidad de responder. Pues creo que está atormentada por el dolor de la existencia. Por supuesto no quiero decir que el enigma se le presente a ella como se nos presenta a nosotros; ni que pueda llegar a conclusiones abstractas por algún proceso mental semejante al nuestro. El mundo externo para ella es "un continuo de olores". Ella piensa, compara, recuerda, razona a través de los olores. Por el olor hace su estimación del carácter; todos sus juicios se basan en los olores. Oliendo miles de cosas que nosotros no podemos oler en absoluto, quizás ella los comprenda de una manera de la que no podemos hacernos ninguna idea. Cualquier cosa que conoce la ha aprendido mediante operaciones mentales de una clase completamente inimaginable. Pero podemos estar casi seguros de que piensa acerca de la mayor parte de las cosas bajo algún tipo de relación de olor con la experiencia de comer o con el terror intuitivo a ser devorada. Con seguridad, conoce muchísimo más sobre la tierra que transitamos de lo que sería provechoso para nosotros saber; y probablemente, si fuera capaz de hablar, podría contarnos las historias más extrañas del aire y del agua. Dotada, o afligida, como está ella de un poder sensorial tan terriblemente penetrante, su noción de las realidades aparentes debe ser peor que sepulcral. ¡No es una gran sorpresa que aúlle a la luna que brilla sobre un mundo así!

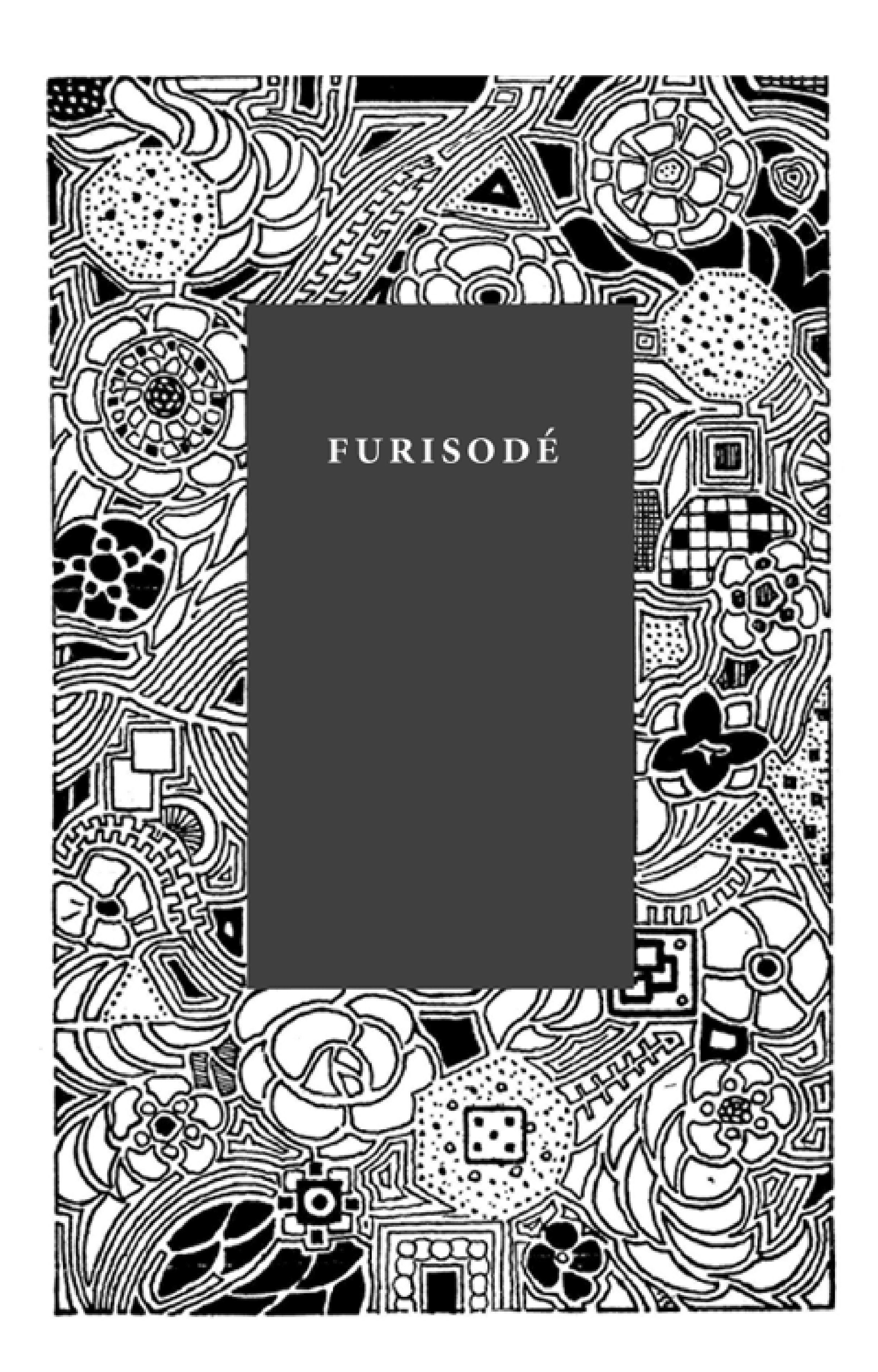
Y sin embargo ella está más despierta, en el sentido budista, que muchos de nosotros. Posee un código moral tosco –que inculca lealtad, sumisión, cortesía, gratitud y amor maternal; junto con varias reglas básicas de conducta–, y es un código simple que siempre ha observado. A su estado los sacerdotes lo califican como un estado de oscuridad de pensamiento, porque no puede aprender todo lo que los hombres deben aprender; pero de acuerdo a su luz ha hecho más que suficiente para merecer una condición

mejor en su próxima reencarnación. Así piensa la gente que la conoce. Cuando muera le celebrarán un funeral humilde, y le recitarán un sutra por el bien de su espíritu. El sacerdote permitirá que le hagan una tumba en algún rincón del jardín del templo, y pondrá encima un pequeño sotoba que lleve el texto *Nyozé chikushó hotsu Bodaishi*[1]: "Incluso al interior de un animal como éste, el Conocimiento Supremo se revelara al fin".

El Japón espectral, 1899

** **

[1] Literalmente, "la mente budista", es decir, la Iluminación Suprema, la inteligencia del budismo mismo. (N. del A.)


FURISODÉ

RECIENTEMENTE, mientras atravesaba una callecita ocupada principalmente por comerciantes de mercancías viejas, me fijé en un *furisodé,* o manto de mangas largas, en el rico tono púrpura llamado *murasaki,* colgado a la entrada de una de las tiendas. Era un manto como el que habría vestido una dama de rango en la época de los Tokugawa. Me detuve a contemplar los cinco emblemas que lo adornaban; y en ese mismo instante me vino a la memoria esta leyenda de un manto similar del que se dice haber causado alguna vez la destrucción de Yedo.

Hace casi doscientos cincuenta años, la hija de un rico mercader de la ciudad de los Shogunes, mientras asistía a una festividad de un templo, descubrió entre la multitud a un joven samurai de especial belleza y de inmediato se enamoró de él. Desafortunadamente para ella, él desapareció entre el gentío antes de que pudiera enterarse por medio de sus sirvientes de quién era o de dónde venía. Pero su imagen permaneció vívida en su memoria, incluso hasta el mínimo detalle de su traje. El atuendo de fiesta que usaban entonces los jóvenes samurais apenas era menos vistoso que el de las muchachas; y el vestido superior de este apuesto desconocido le había parecido maravillosamente hermoso a la doncella enamorada. Imaginó que al ponerse un manto de una calidad y un color semejantes, llevando un emblema similar, podría atraer su atención en alguna ocasión futura.

Por lo tanto se mandó confeccionar el manto, con mangas muy largas, según la moda de la época; y lo apreciaba mucho. Lo llevaba puesto cada vez que salía; y cuando estaba en la casa lo colgaba en su habitación, y trataba de imaginar la forma de su enamorado desconocido en el vestido. A veces pasaba horas ante él, soñando y llorando por turnos.Y rogaba a los dioses y a los Budas que pudiera ganar el afecto del joven, repitiendo a menudo la invocación de la secta Nichiren: ¡*Narnu myó hó rengé kyó*!

Pero no volvió a ver al joven de nuevo; y languideció de añoranza por él y se enfermó, y murió, y fue enterrada. Después de su entierro, el manto de mangas largas que ella tanto había apreciado fue donado al templo budista

del que su familia era feligrés. Es una vieja costumbre disponer así las prendas de los muertos.

El sacerdote consiguió vender el manto a buen precio; pues era una seda valiosa, y no mostraba señales de las lágrimas que habían caído sobre ella. Lo compró una muchacha más o menos de la misma edad que la dama muerta. Se lo puso un día nada más. Luego cayó enferma, y empezó a comportarse de manera extraña, gritando que estaba hechizada por la visión de un hermoso joven, y que por su amor iba a morir. Y al poco tiempo murió; y el manto de mangas largas fue por segunda vez donado al templo.

El sacerdote volvió a venderlo; y se convirtió de nuevo en propiedad una joven muchacha, que se lo puso sólo una vez. Entonces también se enfermó, y habló de una sombra hermosa, y murió, y fue enterrada. Y el vestido fue entregado por tercera vez al templo; y entonces el sacerdote se maravilló y dudó.

Sin embargo se aventuró a vender la desafortunada prenda una vez más. Una vez más fue comprada por una muchacha y vestida sólo por una vez más; y quien se lo puso languideció y murió. Y el manto fue cedido por cuarta vez al templo.

Entonces el sacerdote tuvo la seguridad de que era el oficio de una influencia maligna operaba; y ordenó a sus acólitos que encendieran un fuego en el patio del templo, y quemaran el manto.

Así que encendieron el fuego, y arrojaron dentro el manto. Pero cuando la seda empezó a quemarse, aparecieron de repente sobre ella unos deslumbrantes caracteres de llamas; los caracteres de la invocación, *Namu myb hó rengé kyó,* y éstos, uno por uno, saltaron como enormes chispas al tejado del templo; y el templo se incendió.

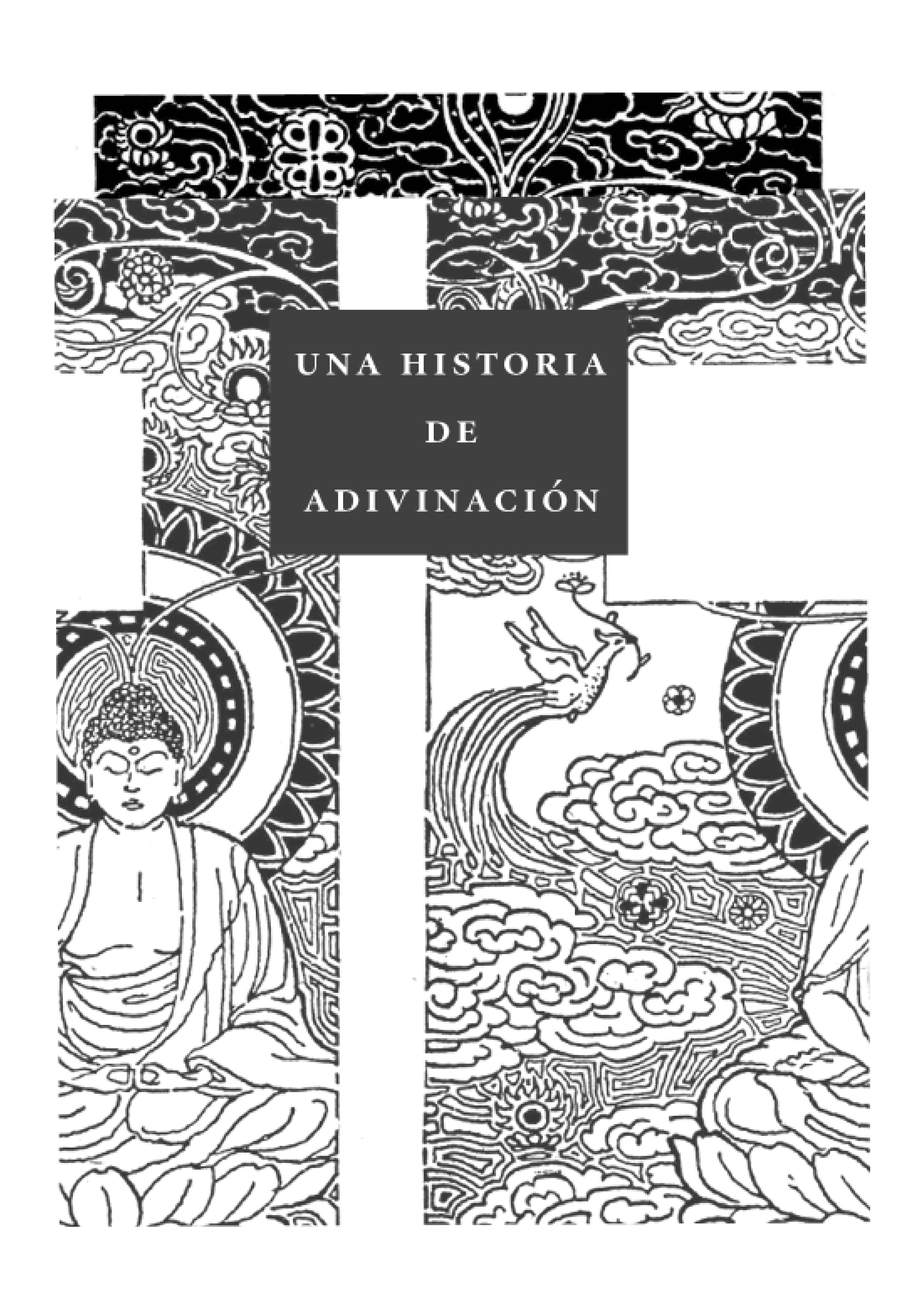
Los rescoldos del templo ardiente cayeron al poco sobre los tejados vecinos; y toda la calle pronto fue presa del fuego. Luego un viento marino, elevándole, sopló la destrucción hacia calles más apartadas; y la conflagración se extendió de calle en calle, y de distrito en distrito, hasta que casi la ciudad entera fue consumida. Y esta calamidad, que sucedió el decimoctavo día del primer mes del primer año de Meiréki (1655), aún se recuerda en Tokyo como el *Furisodé-Kwaji:* el Gran Fuego del Manto de Mangas Largas.

Según un libro de historias titulado *Kibun-Daijin,* el nombre de la muchacha que mandó a confeccionar el manto era OSamé; y era la hija de Hikoyémon, un comerciante de vinos de Hyakusho-machi, en el distrito de Azabu. Por su belleza la llamaban también Azabu-Komachi, o la Komachi de Azabu[1]. El mismo libro dice que el templo de la tradición fue un templo Nichiren llamado Honmyóji, en el distrito de Hongo; y que el emblema sobre el manto era una flor *kikyo*. Pero hay muchas versiones distintas de la historia; y desconfió del *Kibun-Daijin*, porque afirma que el apuesto samurai no era en realidad un hombre, sino un dragón transformado, o serpiente de agua, que solía habitar el lago de Uyéno: *Shinobazu-no-Iké*.

El Japón espectral, 1899

** **

[1] Después de más de mil años, el nombre de Komachi, u Ono-noKomachi, es aún celebrado en Japón. Fue la mujer más hermosa de su tiempo, y una poeta tan grande que podía conmover al cielo con sus versos, y traer la lluvia en tiempo de sequía. Muchos hombres la amaron en vano; y se dice que muchos murieron por su amor. Pero las desventuras acudieron a ella cuando su juventud había pasado; y, después de verse reducida a la necesidad más extrema, se convirtió en mendiga, y murió finalmente en la vía pública, cerca de Kyoto. Como se juzgó vergonzoso enterrarla con los sucios harapos que llevaba, una persona pobre ofreció un gastado manto de verano (*katabira*) para envolver su cuerpo en él; y fue sepultada cerca de Arashiyama, en un lugar que todavía se indica a los viajeros como el "Sitio del Katabira" (Katabira-no-Tsuchi). (N. del A.)


UNA HISTORIA
DE
ADIVINACIÓN

UNA VEZ CONOCÍ a un adivino que creía verdaderamente en la ciencia que profesaba. Había aprendido, como estudiante de la antigua filosofía china, a creer en la adivinación mucho antes de pensar en practicarla. Durante su juventud había estado al servicio de un adinerado daimyõ, pero más tarde, como otros miles de samurais, se vio reducido a la desesperada penuria por los cambios políticos y sociales de Meiji. Fue entonces cuando se convirtió en adivino –un uranaiya itinerante–, viajando a pie de ciudad en ciudad, y regresando a la casa si acaso una vez al año con las ganancias de su viaje. Como adivino tenía bastante éxito; sobre todo, creo, por su completa sinceridad, y por una peculiar actitud amable que inspiraba confianza. Su sistema era el de los antiguos sabios: usaba el libro conocido por los lectores de lengua inglesa como el Yi-King; como también un juego de piezas de ébano que podían acomodarse para formar cualquiera de los hexagramas chinos; y siempre comenzaba su adivinación con una sentida plegaria a los dioses.

Sostenía que este sistema era infalible en las manos de un maestro. Confesaba haber hecho algunas predicciones erróneas; pero decía que esos errores se habían debido enteramente a su propia incomprensión de ciertos textos o diagramas. Para hacerle justicia debo mencionar que en mi propio caso (me leyó la suerte cuatro veces) sus predicciones se cumplieron de tal modo que me asustaron. Es probable que ustedes no crean en la adivinación, e intelectualmente la desdeñen; pero algo de una heredada tendencia supersticiosa se esconde en la mayoría de nosotros; y unas cuantas experiencias extrañas pueden apelar tanto a esa herencia como para inducir la esperanza o el temor más irracionales de la buena o mala suerte augurada por algún adivino. Ver de verdad nuestro futuro sería una desgracia. ¡Imaginen el resultado de conocer lo que les va a ocurrir, en los próximos dos meses, alguna terrible desgracia contra la no pueden tomar ninguna precaución!

Ya era un hombre mayor cuando lo vi por vez primera en Izumo; sin duda tendría más de sesenta años, pero parecía mucho más joven. Después lo encontré en Osaka, en Kyoto y en Kobe. Más de una vez traté de

persuadirlo para que pasara los meses más fríos del invierno bajo mi techo, pues poseía un conocimiento extraordinario de las tradiciones, y podría haber sido de inestimable valor para mí en un sentido literario. Pero en parte debido a que su costumbre de vagabundear se había convertido en él una segunda naturaleza, y en parte por un amor de independencia tan salvaje como el de un gitano, nunca no fui capaz de mantenerlo conmigo más de dos días seguidos.

Cada año solía venir a Tokyo, normalmente a finales del otoño. Entonces, durante algunas semanas, revoloteaba alrededor de la ciudad, de distrito en distrito, y desaparecía de nuevo. Pero durante estos viajes fugaces nunca dejaba de visitarme; trayendo noticias de bienvenida de la gente y los lugares de Izumo; trayendo incluso algún pequeño regalo singular, generalmente de tipo religioso, de algún famoso lugar de peregrinaje. En estas ocasiones podía charlar algunas horas con él. A veces la conversación era sobre cosas extrañas vistas u oídas durante su viaje más reciente; a veces giraba hacia viejas leyendas o creencias; a veces era sobre la adivinación. La última vez que nos encontramos me habló de una ciencia exacta de la adivinación china que lamentaba no haber podido aprender nunca.

–Cualquiera versado en esa ciencia –dijo– sería capaz, por ejemplo, de decirle no sólo el momento exacto en el que cualquier pilar o viga de esta casa empezará a resquebrajarse, sino incluso la dirección de la ruptura, y todos sus resultados. Puedo explicar mejor lo que quiero decir relatando una historia.

“La historia es sobre el célebre adivino chino al que al que llamamamos en Japón Shóko Setsu, y se encuentra escrita en el libro *Baikwa-Shin-Eki,* que es un libro de adivinación. Cuando aún era un hombre muy joven, Shóko Setsu obtuvo una posición elevada gracias a su sabiduría y virtud; pero renunció y se retiró en soledad a un lugar apartado para poder dedicar su tiempo completo al estudio. Durante años en adelante vivió solo en una cabaña entre las montañas; estudiando sin fuego en invierno, y sin un abanico en verano; escribiendo sus pensamientos sobre la pared de su habitación –por falta de papel– y usando solo una teja como almohada.

“Un día, en la época más calurosa del verano, se vio vencido por la modorra; y se echó a descansar, con la teja bajo la cabeza. Apenas se había

quedado dormido, cuando una rata cruzó corriendo sobre su cara y lo despertó con un sobresalto. Sintiéndose furioso, cogió la teja y la arrojó contra la rata; pero la rata escapó indemne, y la teja se rompió. Shóko Setsu contempló tristemente los fragmentos de su almohada, y se reprochó a sí mismo por su precipitación. Entonces de repente descubrió, sobre la arcilla recién expuesta de la teja rota, algunos caracteres chinos, entre las superficies superior e inferior. Pensando que se trataba de algo muy extraño, recogió los pedazos, y los examinó con cuidado. Encontró que a lo largo de la línea de fractura habían sido escritos diecisiete caracteres chinos en la cerámica antes de que la teja hubiera sido cocida; y los caracteres decían lo siguiente: *‘En el Año de la Liebre, en el cuarto mes, en el día decimoséptimo, a la Hora de la Serpiente, esta teja, después de servir como almohada, será arrojada contra una rata y se romperá’*.

En efecto la predicción realmente se había cumplido a la Hora de la Serpiente en el decimoséptimo día del cuarto mes del Año de la Liebre. Profundamente asombrado, Shóko Setsu observó una vez más los fragmentos, y descubrió el sello y el nombre del fabricante. De inmediato abandonó la cabaña, y, llevando consigo los pedazos de la teja, corrió hacia la ciudad vecina en busca del fabricante de las tejas. Lo encontró ese mismo día, le enseñó la teja rota, y le preguntó acerca de su historia.

“Después de haber examinado detenidamente los trozos, el fabricante de tejas dijo: ‘

–Esta teja se fabricó en mi casa; pero los caracteres en la arcilla fueron escritos por un anciano, un adivino, que pidió permiso para escribir sobre la teja antes de que fuera cocida.

–¿Y usted sabe dónde vive? –preguntó Shóko Setsu.

–Vivía –respondió el fabricante de tejas–, no muy lejos de aquí; y puedo mostrarle el camino hacia la casa. Pero ignoro su nombre.

“Habiendo sido guiado hasta la casa, Shóko Setsu se presentó a la entrada, y pidió permiso para hablar con el anciano. Un discípulo-sirviente lo invitó cortésmente a seguir y lo guió hasta un aposento donde varios jóvenes estaban estudiando. Cuando Shoko Setsu tomó asiento, todos los jóvenes lo saludaron. Entonces el primero que se había dirigido a él se inclinó y dijo: ‘Lamentamos informarle que nuestro maestro falleció hace

unos días. Pero lo hemos estado esperando a usted, porque él predijo que vendría hoy a esta casa, a esta misma hora. Usted se llama Shóko Setsu. Y nuestro maestro nos dijo que le diéramos un libro que él creía podría serle útil. Aquí está el libro; por favor, acéptelo'.

"Shóko Setsu estaba no menos encantado que sorprendido; pues el libro era un manuscrito de la clase más rara y valiosa, y contenía todos los secretos de la ciencia de la adivinación. Después de darles las gracias a los jóvenes, y expresar apropiadamente sus condolencias por la muerte del maestro, regresó a su cabaña, y allí procedió inmediatamente a comprobar el valor del libro consultando las páginas en relación a su propia fortuna. El libro le aconsejó que en el costado sur de su morada, en un rincón particular cerca de una esquina de la cabaña, lo aguardaba la buena suerte. Cavó en el sitio indicado, y encontró un balde que contenía oro suficiente como para convertirlo en un hombre muy rico".

** **

Mi viejo conocido abandonó este mundo tan solitariamente como había vivido en él. El invierno pasado, mientras atravesaba una sierra, lo sorprendió una nevada y perdió el camino. Muchos días después lo hallaron erguido a los pies de un pino, con su pequeño saco atado a los hombros: una estatua de hielo; los brazos cruzados y los ojos cerrados como en meditación. Probablemente, mientras esperaba a que pasara la tormenta, cayó en la somnolencia del frío, y el hielo se había acumulado sobre él mientras dormía. Al enterarme de esta extraña muerte recordé un viejo dicho japonés, *Uranaiya minouyé shiradzu:* "El adivino desconoce su propio destino".

El Japón espectral, 1899